

Calle de dirección única



**WALTER
BENJAMIN**

A
B
A
D
A
E
D
I
T
O
R
E
S



WALTER BENJAMIN
Calle de dirección única



LECTURAS

Serie **Filosofía**

Director **FÉLIX DUQUE**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

TÍTULO ORIGINAL: *Einbahnstraße*

procedente de Walter Benjamin: *Gesammelte Schriften*, Band IV/1,
edición de ROLF TIEDEMANN y HERMANN SCHWEPPENHÄUSER
con la colaboración de THEODOR W. ADORNO y GERSHOM SCHOLEM

© SUHRKAMP VERLAG, Frankfurt am Main, 1989

© ABADA EDITORES, S.L., 2011; 2ª edición, 2014
para todos los países de lengua española
Calle del Gobernador, 18
28014 Madrid
www.abadaeditores.com

diseño **SABÁTICA**

producción **GUADALUPE GISBERT**

ISBN 978-84-15289-26-5

IBIC HFK

depósito legal M-33384-2014

preimpresión **ESCAROLA LEZINSKA**

impresión **PUNTO VERDE, S.A.**

WALTER BENJAMIN

Calle de dirección única

EDICIÓN DE
TILLMAN REXROTH

traducción de
JORGE NAVARRO PÉREZ



**Ésta es la Calle de Asja Lacis,
la ingeniera que la ha abierto en el autor***

- * Asja Lacis (1891-1979), directora de teatro y militante soviética a la que Benjamin conoció en Capri en 1924 y con la que mantuvo una difícil relación amorosa. [N. del T.]

GASOLINERA

La construcción de la vida se encuentra actualmente mucho más en poder de los hechos que de las convicciones. Y además en concreto de unos hechos que casi nunca han servido de base a convicciones. Puestas así las cosas, la actividad literaria verdadera no puede pretender desarrollarse en el que es su marco literario; eso es, al contrario, la expresión más habitual donde se muestra su esterilidad. La actividad literaria relevante sólo se puede dar cuando se alterna del modo más estricto la acción y la escritura, al cultivar esas modestas formas que corresponden a su influencia en las comunidades más activas mejor que el ambicioso gesto universal del libro: a saber, las octavillas, los folletos, los artículos en revistas, los carteles. Sólo este rápido lenguaje puede surtir un efecto que se encuentra a la altura del momento. Para el aparato gigantesco de la vida social, las opiniones son lo que el aceite es para las máquinas; no nos situamos ante una turbina y la rociamos después con lubricante. Inyectamos un poco en los remaches y juntas ocultas que sin duda debemos conocer.

SALA DE DESAYUNO

Una tradición popular desaconseja relatar los sueños en ayunas a la mañana siguiente. La persona que acaba de des-

pertar aún está cautivada por sus sueños. Al asearse, va sacando a la luz escasamente la superficie del cuerpo y sus funciones motoras visibles, mientras en las capas más profundas persiste el gris crepúsculo del sueño, que incluso se va consolidando en la soledad que corresponde a la primera hora de vigilia. Quien no quiere entrar en contacto con el día, ya sea por miedo a los seres humanos o en beneficio del recogimiento en su interior, no come nada y desprecia el desayuno. De este modo evita la fractura entre el mundo de la noche y el mundo del día. Precaución que tan sólo justifica la combustión del sueño en el concentrado trabajo matinal, o incluso en la oración, que, de lo contrario, nos conduce a una confusión de los ritmos vitales. Hablar de los sueños en este estado de ánimo es sin duda funesto, pues la persona delata en sus palabras al mundo onírico con el que todavía se encuentra a medias conjurada, provocando con ello su venganza. Dicho de una manera más moderna: la persona se delata así a sí misma. Ha renunciado a la protección de la soñadora ingenuidad y se pone en peligro al rozar las visiones de sus sueños sin mostrarse superior a ellas. Dado que sólo desde la otra orilla, sólo desde el día luminoso, podemos abordar por fin el sueño desde un recuerdo superior. Pero este «más allá» del sueño sólo lo podemos alcanzar mediante una limpieza que resulta análoga al aseo, siendo completamente diferente. Dicha limpieza pasa por el estómag. Pues el que está en ayunas aún habla del sueño como si todavía estuviera dormida.

Nº 113

Las horas que contienen la figura
en la casa del sueño han transcurrido.

Sótano

Ya hace mucho que hemos olvidado el ritual con que se construyó esa casa, la de nuestra vida. Pero si es asaltada y las bombas enemigas ya están cayendo sobre ella, de repente unas esmirriadas y extravagantes antiguallas quedan a la vista en los cimientos. ¡Cuántas cosas fueron enterradas y sacrificadas ahí abajo entre fórmulas mágicas!, ¡qué grimoso gabinete de rarezas descubrimos abajo, donde a lo más cotidiano le han sido reservados los pozos más profundos! Una noche de desesperación me veía en sueños renovando la amistad y fraternidad con el que fue mi primer compañero de clase, del que no sé nada desde hace varias décadas y del que apenas nunca me he acordado en todo este tiempo. Pero al despertar comprendería que lo que la desesperación exponía a la luz, como en una explosión, era sólo el cadáver de aquella persona, que estaba ahí emparedado, y con esta intención: quien aquí viva no habrá de parecersele.

Vestíbulo

Visito la casa de Goethe. No recuerdo haber visto las habitaciones en mi sueño. Era una serie de pasillos blanqueados, como en un colegio. Dos señoras inglesas ya mayores junto a un empleado son los figurantes de mi sueño. El empleado nos invita a escribir algo en el libro de visitas, que se

encuentra abierto en un atril, al final de un pasillo. Hojeo el libro y descubro en él mi nombre, escrito con la letra grande y torpe de un niño.

Comedor

En un sueño me vi en el despacho de Goethe. No se parecía al despacho de Weimar. Ante todo, era muy pequeño y tenía sólo una ventana. En la pared de enfrente, el escritorio. Y el poeta, viejísimo, ahí sentado, escribiendo. Yo estaba puesto a un lado, y entonces, de pronto, él dejó de escribir y me dio de regalo un jarroncito antiguo. Le fui dando la vuelta entre mis manos. Hacía muchísimo calor. Goethe se levantó y nos dirigimos a la habitación contigua, en donde comían mis parientes en una mesa alargada. Esa mesa parecía diseñada para dar servicio a más personas de las que hay en toda mi familia. Se ve que habían pensado en mis antepasados. Me senté al fondo, a la derecha, al lado de Goethe. Cuando acabó la comida, Goethe se levantó haciendo un esfuerzo, y entonces, con un gesto, me ofrecí para sostenerle. Cuando rocé su codo, me eché a llorar de la emoción.

PARA HOMBRES

Convencer es estéril*.

* Juego de palabras intraducible: la raíz del verbo aquí vertido como «convencer» (-zeugen) significa «engendrar» en alemán; y como el prefijo de ese verbo (über-) significa «sobre-» o «supra-», la traducción literal de esta frase sería: «Sobre-engendrar es estéril». [N. del T.]

RELOJ MAGISTRAL

Para los grandes autores, las obras acabadas son menos importantes que los fragmentos en los que van trabajando durante toda la vida. Sólo el autor débil, distraído, se encuentra feliz cuando termina y siente que ya puede regresar a su vida. Para el genio, cualquier tipo de cesura, los golpes del destino y el sueño apacible forman parte integrante del esfuerzo de su propio taller, y uno cuyo perímetro lo traza en el fragmento. Pues «el genio es esfuerzo»*.

¡VUELVE! ¡TE PERDONAMOS!

Al igual que un gimnasta hace el molinete en la barra fija, el joven hace que gire la ruleta que más temprano o más tarde le traerá la suerte. Porque sólo lo que ya sabíamos o ejercitamos a los quince será algún día en nosotros atractivo. Por eso hay una cosa irreparable: el no haberse escapado nunca de la casa de los padres. La experiencia de estar abandonado a su suerte durante un par de días le da forma, como sucede en una solución alcalina, al cristal de la felicidad.

PISO DE DIEZ HABITACIONES LUJOSAMENTE AMUEBLADO

El estilo de los muebles de la segunda mitad del siglo XIX sólo ha sido bien descrito y analizado por cierto tipo de novelas

* Cita no literal de un verso de Theodor Fontane (1819-1898).

policíacas en cuyo centro dinámico se encuentra el terror de la casa. La disposición de los muebles es al mismo tiempo el plano mismo de las trampas mortales, como la serie de las habitaciones le indica a la víctima la vía de fuga. El hecho de que este tipo de novela se inicie con Poe (en una época en la cual estas viviendas apenas existían) no es argumento en contra. Porque todos los grandes escritores hablan siempre de un mundo que ha de llegar tras ellos: las calles del París presentes en los poemas de Baudelaire no existieron hasta después del 1900, y los personajes de Dostoyevski tampoco existieron en su época. El *intérieur* burgués de los sesenta a noventa del siglo XIX, con sus aparadores gigantescos y repletos de tallas, los rincones oscuros donde hay una palmera, el mirador cerrado, atrincherado, por detrás de la balaustrada y los largos pasillos con la llama de gas siempre cantando, es una vivienda solamente adecuada a un cadáver. «En un sofá como ése, la tía sólo puede ser asesinada». La exuberancia sin alma que exhala en su conjunto el mobiliario tan sólo llega a hacerse verdadero confort ante el cadáver. Siempre mucho más interesante que los paisajes orientales que se encuentran dentro de las novelas policíacas es ese Oriente exuberante que es el propio de sus *intérieurs*: la alfombra persa y el sofá otomano, la maceta colgante y el caucasiano puñal ennoblecido. Tras los pesados y arregazados kilims, el señor de la casa celebra sus orgías con los valores bursátiles, y se puede sentir un mercader oriental, como un pachá holgazán en un reino de embustes y de encanto, hasta que al fin, una hermosa tarde, ese puñal colgado sobre el diván acabe con su siesta y con él mismo. Este carácter propio de la vivienda burguesa, que suspira por el anónimo asesino como por el galán una anciana lasciva, sin duda lo han comprendido ciertos autores despoja-

dos de los honores que les corresponden por cuanto son «escritores policíacos» (y tal vez también porque en sus libros se ha quedado grabado algún fragmento del pandemonium burgués). Conan Doyle ha presentado esto en algunos de sus muchos libros, y también A. K. Green dentro de su vasta producción; y con *El fantasma de la ópera*, una de las novelas importantes que tratan sobre el siglo XIX, Gaston Leroux llevó el género a su más completa apoteosis*.

PRODUCTOS DE LA CHINA

Hoy en día nadie puede limitarse a lo que «sabe hacer». La fortaleza está en la improvisación. Todos los golpes decisivos se están dando con la mano izquierda.

Hay una puerta al principio de ese largo camino por el que se baja a la casa de ..., que yo iba a visitar todas las tardes. Cuando ella se fue, el vano de esa puerta permaneció ante mí semejante a una oreja que no oye.

A un niño en pijama nunca se le puede convencer para que salude a una visita que acaba de llegar. Los presentes, desde un punto de vista moral superior, hablan con él en vano deseando vencer su timidez. Pocos minutos después, el niño se muestra desnudo a la visita. Es que ya se ha lavado.

* Sir Arthur Conan Doyle (1859-1930), creador de Sherlock Holmes; Anna Katherine Green (1846-1935), autora americana que tenía gran éxito en su época; Gaston Leroux (1868-1927), autor de literatura popular, publicó *El fantasma de la ópera* en 1910. [N. del T.]

La fuerza de la carretera es diferente si la recorremos a pie o la sobrevolamos en aeroplano. También la fuerza de un texto es diferente si lo leemos o bien si lo copiamos. Quien vuela sólo ve cómo la carretera se abre paso a través del paisaje; para él, la carretera se desarrolla según las mismas leyes que el terreno que se contempla a su alrededor. Sólo quien va a pie por la carretera conocerá por ello su poder y cómo en un terreno que para el que vuela es llanura desplegada la carretera ordena a las lejanías, los miradores, las calvas y las perspectivas ir saliendo a cada uno de sus giros como el grito que emite el general hace salir a los soldados en el frente. Pues así manda el texto que se encuentra copiado sobre el alma de quien se ocupa de él, mientras el mero lector no llega nunca a conocer las nuevas vistas de interiores que le describe el texto, al igual que esa carretera por la densa e interna selva virgen: el lector obedece al movimiento interno de su yo en el espacio libre de los sueños, mientras que el copista lo dirige. Por eso, la costumbre china de copiar libros era garantía incomparable para la cultura literaria, y la copia una clave para ir descifrando los enigmas de China.

GUANTES

La sensación predominante en el asco a los animales consiste en el miedo que sentimos a que nos reconozcan al tocarlos. Lo que tan hondamente se estremece dentro del ser humano es la consciencia oscura de que en él vive algo nada ajeno a ese animal que nos da asco, por lo que éste podrá reconocerlo. Todo asco, originalmente, es un asco al contacto. E incluso el dominio se sobrepone a este senti-

miento sólo con un gesto desmesurado y brusco: abraza violentamente lo asqueroso y hasta lo devora, mientras la zona epidérmica de contacto sigue siendo tabú. Sólo esto satisface la paradoja de una exigencia moral que le está reclamando al ser humano tanto que supere el sentimiento de asco como que lo cultive refinadamente. El ser humano no puede rechazar su parentesco bestial con la criatura a cuya llamada responde con el asco: ha de convertirse en su señor.

EMBAJADA MEXICANA

*Je ne passe jamais devant un fétiche de bois, un Bouddha doré,
une idole mexicaine sans me dire: c'est peut-être le vrai dieu*.*

Charles Baudelaire

Soñé que me encontraba en México con una expedición científica. Tras haber medido una selva virgen, entramos finalmente en un sistema de cuevas excavado al pie de una montaña en el que, desde los tiempos de los primeros misioneros, vive hasta hoy una orden cuyos hermanos prosiguen la catequización de los nativos. En una gruta enorme y con bóveda gótica se celebraba la misa de acuerdo con un rito muy antiguo. Entramos y vimos el momento cumbre: el sacerdote alzaba un fetiche mexicano hacia una imagen de madera de Dios Padre colgada a gran altura en la pared de la cueva. La cabeza de Dios se movió por tres veces, de derecha a izquierda, en negación.

* «No paso nunca ante un fetiche de madera, ante un Buda de oro o ante un ídolo mexicano, sin decirme: Tal vez éste sea el dios verdadero». [N. del T.]

POR FAVOR, TENGAN CUIDADO CON ESTAS PLANTAS

¿Qué hemos «resuelto»? ¿No se detienen todas las preguntas de la vida vivida como un bosquecillo que nos impide ver? Pero apenas pensamos en talarlo, y aun ni siquiera en aclararlo. Seguimos caminando, lo dejamos atrás, y desde lejos lo seguimos viendo, borroso, sombrío y, por tanto, enigmático.

El comentario y la traducción guardan una misma relación con el texto que el estilo y la mimesis con la naturaleza: es un mismo fenómeno visto de maneras diferentes. Así, en el árbol del texto sagrado, el comentario y la traducción sólo son unas hojas que murmuran sin pausa, eternamente; en cambio, en el árbol del texto profano son como unos frutos que caen a tiempo.

El hombre enamorado no sólo siente apego por los posibles «defectos» de la amada, por sus tics y sus debilidades, sino que las arrugas de su rostro y los lunares que aparecen en la piel, los vestidos raídos y los andares al sesgo lo atan más duradera e implacablemente que ninguna belleza. Esto se sabe desde hace mucho tiempo. Y ¿por qué sucede? Si es verdadera la teoría que nos dice que la sensación no anida en la cabeza, que no sentimos sin duda una ventana, una nube o un árbol en nuestro cerebro, sino en el lugar donde los vemos, también cuando miramos a la amada nos encontramos fuera de nosotros. Pero dolorosamente absortos. Deslumbrada, la sensación revolotea, cual bandada de pájaros en el resplandor de la mujer. Y así como los pájaros buscan amparo en los frondosos escondrijos que un árbol les ofrece,

las sensaciones huyen a las arrugas sombrías, a los gestos sin gracia y los defectos irrelevantes del cuerpo amado, donde se acurrucan como dentro de un seguro escondrijo. Y ninguno que pase por ahí se imaginará que justamente en lo defectuoso y censurable es en donde anida la emoción tan veloz como un rayo del admirador enamorado.

TERRENO EN OBRAS

Cavilar pedantemente sobre la fabricación de objetos (material didáctico, juguetes o libros) que sean adecuados para los niños es una estupidez. Desde la Ilustración, esto es una de las más enmohecidas especulaciones de los pedagogos. Su fascinación por la psicología les impide darse cuenta de que la Tierra está llena de los objetos más incomparables para la atención y el ejercicio infantiles. Y de los más precisos. Pues los niños siempre tienden de manera especial a visitar cualquier lugar donde se esté trabajando, donde se vea que las cosas poseen un uso. Los niños se sienten atraídos irresistiblemente por la basura que se produce en la construcción, en las tareas domésticas, en la jardinería, en las sastrerías o en las carpinterías. En los productos de desecho reconocen el rostro que el mundo de las cosas les va mostrando a ellos, sólo a ellos. Pues los niños no imitan las obras de los adultos, sino que reúnen materiales de tipo muy diverso para jugar con ellos, relacionándolos de una manera nueva. Los niños forman de este modo su propio mundo de cosas, un pequeño mundo en el mundo grande. Así, a las normas de este pequeño mundo de cosas ha de atenerse el que quiera crear para los niños, en vez de dejar que la actividad (con todos sus

complementos e instrumentos) encuentre por sí misma el camino a ellos.

MINISTERIO DEL INTERIOR

Cuanto más hostil sea un hombre a lo tradicional, más implacablemente ha de someter su vida privada a las normas que quiere convertir en la ley propia de la sociedad futura. Es como si esas normas le obligaran a exhibirlas al menos en su vida, al no estar realizadas todavía en ningún lugar. Por el contrario, el hombre que se sabe en armonía con las tradiciones más antiguas de su estamento o de su pueblo sitúa algunas veces su vida privada en un claro contraste con las máximas que defiende inflexiblemente en la vida pública, y, sin el menor remordimiento, entiende secretamente su comportamiento como la prueba estricta y contundente de la inquebrantable autoridad de los principios que él mismo profesa. Así se diferencian en sus tipos el político anarcosocialista frente al político conservador.

BANDERA...

¡Qué fácil es amar a quien se despide! Porque la llama arde con más pureza por aquel que se está alejando, alimentada por el trocito de pañuelo que nos saluda desde el barco o la ventanilla del tren. La lejanía impregna como el colorante a quien se marcha, mientras lo llena de un calor suave.

... A MEDIA ASTA

Cuando se nos muere una persona cercana, en los desarrollos de los siguientes meses hay algo de lo que creemos observar que, aunque nos gustaría compartirlo con ella, sólo se ha podido desplegar gracias a que ella ya no está. La saludamos incluso en un idioma que ella ya no puede comprender.

PANORAMA IMPERIAL

Viaje por la inflación alemana

I. En el tesoro de expresiones con que la manera de vivir del burgués alemán (cuyos componentes son la estupidez y la cobardía) se delata un día tras otro es especialmente interesante la que se refiere a la catástrofe inminente, que dice: «no podemos seguir así». La desamparada fijación en las ideas de seguridad y propiedad de las décadas pasadas le está impidiendo al hombre normal y corriente percibir las novedosas estabilidades en las que se basa la situación actual. Como la relativa estabilización de los años anteriores a la guerra le fue favorable, el burgués piensa que cualquier estado que lo desposea ha de ser inestable como tal. Pero una situación estable no tiene por sí misma por qué ser agradable, y ya antes de la guerra había capas para las que la situación estabilizada era la miseria estabilizada. La decadencia no es menos estable ni prodigiosa que el auge, y sólo un cálculo que admita ver en la decadencia la única *ratio* de la situación actual podrá salir del asombro enervador ante lo que se repite cada día y entenderá

los fenómenos de decadencia como lo verdaderamente estable, incluso como la única salvación, más aún como algo extraordinario que linda con lo milagroso e incomprensible. Los pueblos de Europa central viven como los habitantes de una ciudad sitiada que está ya agotando la pólvora y los víveres y que es muy difícil que se salve. Un caso en el que habría que pensar seriamente en rendirse. Pero la fuerza muda e invisible frente a la que hoy se encuentra Europa central no negocia. De manera que el único remedio, en espera de que llegue el asalto final, es volver la mirada a lo extraordinario, lo único que todavía nos puede salvar. Este estado de máxima atención y carente de queja es lo que podría producir realmente el milagro, al hallarnos en contacto misterioso con esas mismas fuerzas que nos asedian. Por el contrario, quien espere que las cosas no sigan así se enterará más tarde o más temprano de que el sufrimiento del individuo y de las distintas comunidades tan sólo tiene un límite más allá del cual nada se sigue: a saber, la aniquilación.

II. Una extraña paradoja: la gente sólo piensa en su interés egoísta y privado cuando actúa, pero al tiempo su comportamiento está determinado más que nunca por los fuertes instintos de la masa. Y más que nunca los instintos de la masa se han descarriado por completo y se han vuelto ajenos a la vida. Mientras el oscuro instinto del animal (según nos lo cuentan innumerables anécdotas) consigue escapar a un peligro inminente pero aún invisible, esta sociedad cuyos miembros buscan su propio bien mezquino sucumbe al más obvio de los peligros con inconsciencia animal, pero sin poseer el conocimiento inconsciente de los animales, como una masa ciega, y la diversidad de las metas individuales se

vuelve irrelevante frente a la identidad de aquellas fuerzas que las determinan. Una y otra vez hemos ya visto que esta sociedad tiene tanto apego a la vida habitual (esa que en realidad ya ha perdido desde hace mucho tiempo) que ni siquiera ante el más drástico de los peligros es capaz de aplicar lo propiamente humano del intelecto, que es la previsión. De tal modo que en ella se completa la imagen misma de la estupidez: la inseguridad y la perversión de los instintos esenciales de la vida, y, en fin, la impotencia (o la decadencia) del intelecto. Así es el actual estado de ánimo que aqueja a los burgueses alemanes.

III. Las relaciones humanas más estrechas se ven hoy afectadas por una claridad insoportable en la que apenas pueden sobrevivir. Pues como, por una parte, el dinero ocupa de manera devastadora lo que es el centro mismo de los intereses vitales y como, por otra, esto es el límite ante el que fracasan casi todas las relaciones humanas, tanto en lo natural como en lo moral desaparecen cada vez más ampliamente la confianza, el sosiego y la salud.

IV. No es casualidad que suela hablarse de miseria «desnuda». Mas lo peor de su exhibición, que empezó a convertirse casi en una costumbre bajo la ley de la necesidad y que empero tan sólo hace visible una milésima parte de lo oculto, no es la compasión ni la consciencia (igualmente terrible) de no estar afectado que se despierta en el observador, sino la vergüenza que éste siente. Es imposible vivir en una ciudad alemana en la que hoy el hambre está obligando a los más miserables a vivir de lo que dan los transeúntes que, con ello, intentan ocultar una desnudez que los hiere.

V. «Pobreza no es vileza». Está muy bien. Pero ellos sin duda envilecen al pobre. Lo hacen, y lo consuelan con ese refrán. Uno de esos refranes que se podían aceptar en otros tiempos, pero cuya fecha de caducidad llegó hace mucho. Igual que aquella frase tan brutal: «El que no trabaje, que no coma»*. Cuando había trabajo para dar de comer a la gente, existía también una pobreza que no envilecía a quien la padecía si su causa había sido una mala cosecha u otra desgracia. Pero sí que envilece esa miseria en la que nacen millones de seres humanos y en la que acaban cayendo centenares de miles de personas que empobrecen. Hoy la suciedad y la miseria crecen en torno a ellos como muros contruidos por manos invisibles. Y así como el individuo puede ir soportando muchas cosas, pero se avergüenza, con razón, cuando su mujer lo ve en esta situación y también ella tiene que aguantar muchas cosas, el individuo puede tolerar muchas de esas cosas si está solo, incluso puede tolerarlo todo mientras que lo pueda ir ocultando. Mas no podrá hacer la paz con la pobreza si ésta es una sombra gigantesca que cae sobre su pueblo y sobre su casa. Entonces deberá estar atento ante cualquier humillación que sufra, y deberá guardar la disciplina hasta que su sufrimiento ya abandone la dura cuesta que sigue su aflicción para tomar las sendas empinadas que van a desembocar en la revuelta. Pero ahora y aquí no hay esperanza mientras cada destino aterrador, cada destino oscuro, sea discutido en sus detalles una hora tras otra por la prensa, analizado en sus causas más ficticias y sus más ficticias consecuencias, lo cual no nos ayuda a conocer las oscuras fuerzas a que nuestra vida está sujeta.

* Cfr. 2 Tesalonicenses 3, 10. [N. del T.]

VI. Al extranjero que siga cómo van las cosas en Alemania o que incluso haya visitado el país brevemente, sus habitantes sin duda no le parecerán menos extraños que los de un pueblo exótico. Un francés ingenioso nos ha dicho: «Muy pocas veces se conoce un alemán con claridad a sí mismo. Si es que lo consigue, no lo dice. Y, si lo dice, no se hace comprender». La guerra aumentó esta lamentable distancia, y no sólo por culpa de los crímenes reales e imaginarios que se achacaron a los alemanes. Lo que ha consumado el grotesco aislamiento de Alemania a los ojos de otros europeos, lo que les hace pensar que los alemanes son unos hotentotes (como se ha dicho bien certeramente), es la violencia (que los que están fuera no pueden comprender y de la cual sus prisioneros son en cambio enteramente inconscientes) con que las circunstancias de la vida, con la estupidez y la miseria, someten en este escenario a los seres humanos a las fuerzas de la comunidad, al igual que la vida de los primitivos viene determinada por las leyes del clan. Los alemanes han perdido por completo el que es el más europeo de los bienes, esa ironía más o menos clara con la que la vida del individuo pretende desarrollarse y transcurrir al margen de la vida de la comunidad donde ha ido a parar.

VII. La libertad de hablar se está perdiendo. Antes era evidente que las personas que mantenían una conversación se interesaban por su interlocutor, pero eso ha sido hoy sustituido por la pregunta por el precio de sus zapatos o de su paraguas. En toda conversación se va infiltrando, inevitablemente, el tema que plantea las condiciones de vida, el tema del dinero. Pues no se trata de las preocupaciones y sufrimientos de los individuos, en lo que tal vez unos

podrían ayudar a los otros, sino de la situación en su conjunto. Es como si estuviéramos atrapados dentro de un teatro y tuviéramos que presenciar la obra que se representa en el escenario, lo queramos o no, convirtiéndola, una y otra vez, en objeto del pensamiento y la conversación.

VIII. Quien no se sustraiga a la contemplación de la decadencia sin duda acabará por reclamar una especial justificación para su permanencia, su actividad y su participación en este caos. Hay en efecto tantos conocimientos del actual fracaso general como hay excepciones para nuestro campo de acción, para el propio lugar de residencia, para este mismo instante. Se va imponiendo casi por doquier la voluntad ciega de salvar el prestigio de la existencia personal, en lugar de sacarla de la ofuscación general mediante el desprecio de su complicidad y de su impotencia. Por eso hoy el aire está tan lleno de teorías vitalistas y de cosmovisiones, que son tan arrogantes en Alemania por acabar casi siempre sancionando alguna insignificante situación privada. Y como todos aceptamos las ilusiones ópticas de nuestros puntos de vista individuales, el aire se halla tan lleno de espejismos respecto de un futuro cultural que, a pesar de todo, va a irrumpir de repente.

IX. Esa gente encerrada cual rebaño en el contorno de nuestro país ya no advierte el perfil de la persona. Toda persona libre le parece por cierto un tipo raro. Imaginemos las montañas de los Alpes, pero no recortándose en el cielo, sino en los pliegues de algún trapo oscuro. Esas formas grandiosas se distinguirían vagamente. Del mismo modo, un telón pesado cubre todo el cielo de Alemania, y ya no vemos ni siquiera los perfiles de los más grandes hombres.

X. El calor desaparece de las cosas. Los objetos de uso cotidiano van repeliendo al hombre de forma silenciosa, pero además perseverante. Todos los días se ve obligado a hacer un esfuerzo enorme para superar las secretas resistencias (y no sólo patentes) que oponen los objetos. El hombre tiene que compensar con su calor la frialdad de las cosas para no quedarse congelado, y ha de sujetar con gran cuidado las agudas puntas de las cosas para no desangrarse. Que no espere ayuda de sus prójimos. Los cobradores, los funcionarios, los artesanos y los vendedores se creen representantes de una materia que se muestra rebelde cuyo peligro sacan a la luz con su propia rudeza. Y hasta la tierra se halla conjurada con la degeneración con que las cosas, siguiendo a la humana decadencia, van castigando al hombre. Ella consume a las personas y a las cosas, y así esa famosa primavera alemana, una que nunca llega, es sólo uno de los innumerables síntomas de la descomposición de la naturaleza alemana. Hoy vivimos en ella como si la presión de la columna de aire con que cargamos se hubiera vuelto de repente perceptible, contra toda ley.

XI. El despliegue de cualquier movimiento humano, ya brote de impulsos espirituales o incluso naturales, tiene que hacer frente a la resistencia desmedida del entorno. La carestía de la vivienda y del transporte está hoy destruyendo por completo el símbolo elemental de la libertad europea, que existió en ciertas formas incluso en la Edad Media: la libertad de cambiar de domicilio. Y mientras que la fuerte coacción medieval ataba al ser humano a las asociaciones naturales, hoy está encadenado a una comunidad innatural. Pocas cosas fortalecerán en mayor grado la funesta fuerza del creciente

impulso migratorio que el estrangulamiento de la libertad de cambiar de domicilio, y nunca la libertad de movimiento se había encontrado con desproporción tan grande con la riqueza de medios de locomoción.

XII. Todas las cosas sometidas a un proceso incontenible de mezcla y contaminación pierden lo que es su expresión esencial, de modo que lo ambiguo ocupa actualmente el lugar de lo auténtico; esto le está sucediendo a la ciudad. Las grandes ciudades, cuya fuerza incomparablemente alentadora y tranquilizadora encierra al ser humano creador en un oasis de paz y, al quitarle la visión del horizonte, también le quita la consciencia de esas fuerzas elementales que siempre están despiertas, están siendo invadidas por el campo. No por el paisaje, sino por lo más amargo de la naturaleza libre: las tierras de labor, las carreteras, el cielo nocturno, que ya no queda oculto por una capa roja. La inseguridad hasta de las zonas animadas hace que el habitante de la ciudad se encuentre hoy en esa situación opaca y espantosa en que bajo la inclemencia de la llanura desierta tiene que ir acogiendo los engendros que produce la arquitectura urbana.

XIII. Las cosas fabricadas han ido perdiendo por completo la noble indiferencia hacia las esferas de la riqueza y la pobreza. Cada cosa hoy deja su impronta sobre su propietario, que no tiene ya otra elección que presentarse como un pobre diablo o, al contrario, como un especulador. Pues mientras el lujo verdadero puede ser impregnado por el espíritu y la sociabilidad para así relegarlo en el olvido, los artículos de lujo que hoy aquí se difunden resultan tan groseros que su irradiación espiritual se descompone.

XIV. De las costumbres más antiguas de los pueblos parece surgir hoy una advertencia dirigida a nosotros: que al recibir lo que la naturaleza nos ofrece tan generosamente evitemos el gesto de codicia. Pues no podemos regalarle nada nuestro a la madre tierra. Por lo tanto, conviene que mostremos reverencia en el tomar, devolviéndole a la madre tierra una parte de lo que recibimos antes de apoderarnos de lo que nos corresponde. Una reverencia que nos habla desde la vieja costumbre de la libación. Tal vez, esta antiquísima experiencia moral se conserve aún, modificada, en la prohibición de recoger las espigas olvidadas y las uvas caídas, las cuales benefician a la tierra o a los antepasados protectores. En Atenas estaba prohibido recoger las migajas durante la comida, porque pertenecen a los héroes. En cuanto la necesidad y la avidez hayan hecho degenerar la sociedad hasta que ya sólo pueda recibir de forma predadora los regalos que le ofrece la naturaleza, hasta el punto de llegar a arrebatarle sus frutos antes que lleguen a la madurez para poder venderlos a buen precio, y hasta el punto de vaciar todos los platos para mejor saciarse, toda su tierra se empobrecerá, y el campo le dará malas cosechas.

OBRAS PÚBLICAS

Vi en sueños un terreno yermo. Era en Weimar, en la Plaza del Mercado, donde se hacían las excavaciones. Yo también escarbé algo en la arena. Entonces descubrí el chapitel de la torre de una iglesia. Muy alegre, pensé: un templo mexicano de la época del pre-animismo, del *anaquivitzi*. Me desperté riendo. (*Ana* = *ává*; *vi* = *vie*; *vitz* = iglesia mexicana [!]).

PELUQUERO DE DAMAS METICULOSAS

De pronto, una mañana, hay que sacar de la cama y arrestar sin explicaciones a tres mil damas y caballeros del Kurfürstendamm* y encarcelarlos durante veinticuatro horas. A medianoche se les distribuirá en las celdas un cuestionario sobre la pena de muerte y se les pedirá que ahí nos indiquen qué tipo de ejecución elegirían si se diera el caso. Dicho cuestionario tendrán que rellenarlo «a ciencia cierta», a sabiendas, quienes, sin que nadie les preguntara, tenían por costumbre siempre hablar «en conciencia». Con ello, antes de la madrugada, una hora que siempre se vio como sagrada pero que en Alemania pertenece al verdugo, quedaría aclarada la cuestión de la pena de muerte.

ATENCIÓN A LOS ESCALONES

Para elaborar una buena prosa es preciso subir tres escalones: el musical, en el que hay que componerla, el arquitectónico, en el que hay que construirla, y por fin el textil, en el que hay que tejerla.

TENEDOR JURADO DE LIBROS

Nuestra época es lo contrario del Renacimiento, y en especial de la situación en la que fue inventada la imprenta.

* En tiempos de Benjamin, el Kurfürstendamm era la avenida de Berlín donde vivían las personas mejor posicionadas socialmente. [N. del T.]

Puede que sólo sea casual, pero su invención en Alemania tuvo lugar de hecho en el momento en que el libro, tomado en el sentido eminente que tiene la palabra, ese libro de libros, se convirtió en propiedad del pueblo con la traducción de la Biblia de Lutero. Ahora en cambio todo hace pensar que el libro está llegando ya a su fin en la forma hoy tradicional. Mallarmé, que metido en la cristalina construcción, fiel a la tradición, de su escritura, sin duda vio lo que se avecinaba, introdujo por vez primera en la literatura con su *Coup de dés* las tensiones gráficas de los anuncios*. Los experimentos que después llevarían a cabo los dadaístas no partieron de lo constructivo, sino ya de los nervios de reacción exacta de los literatos, con lo que fueron mucho menos consistentes que la tentativa de Mallarmé, una que surgía por entero del interior de su estilo. Pero permiten conocer la actualidad de lo descubierto por el monádico Mallarmé, encerrado en su casa y en armonía preestablecida con todos los acontecimientos decisivos, por aquellos días, en la economía, la técnica y la vida pública. La escritura en efecto, que había encontrado su refugio en el libro impreso, donde llevaba una vida autónoma, es cruelmente arrastrada a la calle por los anuncios y sometida a las brutales heteronomías del caos económico. Ésta sería la severa escuela de donde tomó su nueva forma. Mientras que, hace siglos, la escritura empezó a tumbarse lentamente, abandonando su inscripción erguida y convirtiéndose ya en un manuscrito que reposaba al sesgo en los pupitres, para ir a acostarse finalmente en el libro impreso, ahora empieza de nuevo

* Cfr. Stéphane Mallarmé, *Oeuvres complètes*, ed. H. Mondor y G. Jean-Aubry, Paris, Gallimard, 1989, págs. 453-477. [N. del T.]

lentamente a levantarse del suelo. La prensa ya se lee en vertical más que en horizontal, y las películas, como los anuncios, someten igualmente la escritura a los dictados de la vertical; antes de que el lector de hoy abra un libro, por sus ojos habrá ido pasando tan denso torbellino de letras mudables, beligerantes, coloridas, que las probabilidades de que se hunda en el silencio arcaico que era propio del libro serán mínimas. El enjambre de letras que hoy eclipsa a los habitantes de las grandes ciudades el sol de un espíritu presunto se hace más espeso cada año. Pero otras diversas exigencias propias de la vida comercial aún llegan más lejos. El fichero ha conquistado los espacios de la escritura tridimensional, como sorprendente contrapunto a la tridimensionalidad característica de las formas más antiguas de escritura, es decir, las runas y los quipus. (Y, como nos explica el modo científico actual de producción, el libro ya es una anticuada mediación entre dos distintos sistemas de ficheros. Pues sin duda todo lo esencial se encuentra guardado en el fichero del investigador que escribió el libro, y el erudito que lo estudia lo va asimilando a su propio fichero). Pero al mismo tiempo es indudable que el desarrollo de la escritura no se encuentra ligado para siempre a las eternas ansias de poder de un sistema científico y económico caótico, sino que se está aproximando el instante en que la cantidad se convierta en calidad y la escritura, que ya se va adentrando en el espacio gráfico de su nuevo carácter figurativo excéntrico, va a obtener de golpe lo que es su adecuado contenido. En esa nueva escritura gráfica podrán ir trabajando los poetas (ahora comprendidos ante todo, al igual que en los tiempos más remotos, en tanto expertos en el escribir) sólo cuando conquisten los territorios en que se

da la construcción de esa misma escritura (y sin llamar mucho la atención): a saber, los territorios del diagrama estadístico y técnico. Así, con la creación de una escritura internacional convertible, conseguirán renovar su autoridad en la vida de los pueblos y desempeñar una función en comparación con la cual todas las aspiraciones de renovación que alienta la retórica se revelarán cual meros sueños envejecidos y vanos.

MATERIAL DIDÁCTICO

Principios del mamotreto, o: Del arte de componer libros gruesos

- I. La exposición habrá de estar repleta de explicaciones verbosas sobre la estructura del libro.
- II. Para los conceptos, introducir ciertos términos que, fuera de lo que es su definición, no reaparezcan luego en todo el libro.
- III. Las distinciones conceptuales adquiridas fatigosamente a lo largo del texto hay que difuminarlas en las notas de los pasajes que les corresponden.
- IV. De los conceptos de que se habla sólo en su significado general hay que añadir ciertos ejemplos: así, al hablar de máquinas, hay que enumerar todos sus tipos.
- V. Cuanto se sepa *a priori* de un objeto hay que corroborarlo con muchos ejemplos.
- VI. Las relaciones que se puedan exponer en un gráfico hay que exponerlas con palabras. Por ejemplo, en vez de dibujar un árbol genealógico, describir pormenorizadamente todas las relaciones de parentesco.

VII. Si varios adversarios emplean una misma argumentación, se les responderá por separado.

Los libros de los eruditos actuales se leen como un catálogo. ¿Cuándo escribiremos los libros como catálogos? Una vez que lo malo en su interior ya se ha abierto paso al exterior, surge una obra excelente en la que el valor de las opiniones está indicado mediante una cifra, mas sin que por ello estén en venta.

La máquina de escribir sólo alejará del portaplumas la mano del literato cuando lo exacto de las formas tipográficas entre a formar parte de la concepción de sus libros. Cabe presumir que entonces harán falta nuevos sistemas tipográficos algo más variables, unos que pondrán la invención de los dedos y sus órdenes en lugar de la mano expedita y desnuda.

Un período que haya sido métricamente concebido y cuyo ritmo sea luego modificado en un solo lugar tiene por resultado la prosa más hermosa que pensar se pueda. Así, una pequeña grieta en la pared hace que un rayo de luz entre en el laboratorio del alquimista, y entonces los cristales, las esferas y los triángulos resplandecen.

ALEMANES, BEBED CERVEZA ALEMANA

El populacho se halla poseído por un odio frenético a la vida espiritual que ve la garantía de su aniquilación en el hacer recuento de los cuerpos. En cuanto se les deja, se sitúan en fila india y avanzan hacia el fuego graneado y el encarecimiento de las mercancías. Nadie ve más allá de la espalda del

que va delante, y todos están orgullosos de ser un modelo para el de detrás. Esto lo saben los hombres desde hace muchos siglos por su experiencia en el campo de batalla, pero son las mujeres quienes han inventado el desfile como tal de la miseria, a saber, hacer cola.

PROHIBIDO FIJAR CARTELES

La técnica del escritor en trece tesis

I. Quien tenga la intención de escribir un gran libro, ha de vivir a gusto y procurarse, tras haber concluido su trabajo, cuanto no estorbe la continuación.

II. Habla si quieres de lo que ya has hecho, pero mientras te encuentres trabajando no lo leas en público. El placer que obtengas de ese modo ralentizará tu ritmo de trabajo. Si sigues esta norma, el deseo creciente de comunicar lo hecho será un motor para acabar tu obra.

III. En cuanto a las circunstancias de tu trabajo, intenta sustraerte a la mediocridad de la vida cotidiana. La tranquilidad a medias, si se da acompañada por ruidos triviales, resulta humillante. Por el contrario, el acompañamiento de un estudio para piano o de una verdadera algarabía puede llegar a ser tan importante para el trabajo como el silencio perceptible de la noche. Éste te agudiza el oído interior, y aquél es en cambio la piedra de toque de una dicción cuya copiosidad va sepultando hasta los ruidos más excéntricos.

IV. Evita usar otras herramientas que las tuyas. El aferrarse con pedantería a cierto papel, cierta tinta, cierta pluma, es beneficioso. El lujo no resulta imprescindible; sí la abundancia de estos utensilios.

V. Nunca permitas que ningún pensamiento te pase de incógnito; y ve tomando notas con el mismo rigor con que las autoridades toman nota de los forasteros.

VI. Busca que tu pluma se resista a la llegada de inspiración; así la atraerá como un imán. Si eres muy cuidadoso en el redactar una ocurrencia, ésta se te entregará finalmente a través de un despliegue más maduro. El hablar conquista al pensamiento; escribir lo domina.

VII. No dejes de escribir porque nada se te ocurra. Es un mandamiento del honor literario sólo dejar de escribir cuando hay que cumplir una obligación (acudir a una comida o a una cita), o cuando la obra esté acabada.

VIII. Si encuentras que te falta inspiración, súpela pasando a limpio lo ya escrito. La intuición acaba despertando.

IX. *Nulla dies sine linea*, mas sí alguna semana.

X. No pienses que una obra está perfecta si no has trabajado en ella alguna vez desde la tarde de un día hasta la mañana del siguiente.

XI. No redactes el párrafo final en la habitación en donde escribes. En ella no hallarías el coraje necesario para acabarla.

XII. Fases de la redacción: pensamiento, estilo y escritura. Pasar a limpio sirve para que la atención vaya centrándose en la caligrafía. El pensamiento matará la inspiración, el estilo encadena al pensamiento, y por fin la escritura licencia al estilo.

XIII. La obra es la máscara mortuoria sobre el rostro de la concepción.

Trece tesis contra los esnobs

(Un esnob se encuentra en el despacho particular de la crítica de arte. A la izquierda tenemos el dibujo de un niño; a

la derecha, un fetiche. Dice el esnob: «Picasso ya puede ir preparándose»).

- | | |
|--|--|
| I. El artista hace una obra. | El primitivo se expresa en documentos. |
| II. La obra de arte es sólo secundariamente un documento. | Un documento no es, en tanto tal, una obra de arte. |
| III. La obra de arte es propia de un maestro. | El documento lo es de un aprendiz. |
| IV. Los artistas aprenden en la obra su oficio. | Se educa al público ante los documentos. |
| V. Las obras de arte se alejan unas de otras por su perfección. | Todos los documentos se comunican en lo material. |
| VI. Forma y contenido son lo mismo en la obra de arte: sustancia. | En los documentos domina la materia. |
| VII. Sustancia es lo que ha sido puesto a prueba. | Materia es lo soñado. |
| VIII. En la obra de arte, la materia es el lastre que va arrojando la contemplación. | Cuanto más hondamente vas perdiéndote dentro de un documento, es más denso: materia. |
| IX. La ley formal es central en la obra de arte. | En el documento, las formas están desperdigadas. |
| X. La obra de arte es sintética: central de energía. | La fecundidad del documento quiere análisis. |
| XI. Una obra de arte mejora al contemplarla varias veces. | Un documento tan sólo nos domina mediante la sorpresa. |
| XII. La virilidad de las obras radica en el ataque. | Al documento, su inocencia le sirve de defensa. |
| XIII. El artista va a la conquista de sustancias. | El hombre primitivo se parapeta detrás de las materias. |

La técnica del crítico en trece tesis

- I. El crítico es un estratega entregado a la lucha literaria.
- II. Quien no pueda tomar partido, que se mantenga en silencio.
- III. El crítico no tiene la menor relación con el intérprete de épocas pasadas del arte.
- IV. La crítica ha de hablar en el lenguaje propio del artista. Los conceptos del cenáculo son eslógans, y sólo en los eslógans resuena el griterío del combate.
- V. La «objetividad» se ha de sacrificar al espíritu de partido siempre que lo merezca la causa por la que se lucha.
- VI. La crítica es un asunto moral. Si Goethe no comprendió ni a Hölderlin, ni a Kleist, ni a Beethoven, ni a Jean Paul, no fue debido a su concepción del arte, sino a su moral.
- VII. Para el crítico, la instancia suprema son sus colegas. Nunca el público, y mucho menos la posteridad.
- VIII. La posteridad olvida o ensalza. Sólo el crítico juzga en presencia del autor.
- IX. La polémica consiste en aniquilar un libro con unas pocas de sus frases. Cuanto menos lo estudie el crítico, mejor. Sólo quien puede aniquilar puede criticar.
- X. La auténtica polémica aborda un libro con tanto amor como un caníbal cocinándose un bebé.
- XI. El entusiasmo artístico es ajeno al crítico. En sus manos, la obra de arte es un arma blanca en la lucha de los espíritus.
- XII. Dicho en pocas palabras: el arte del crítico consiste en crear consignas sin traicionar por ello las ideas. Las consignas de una crítica deficiente malvenden el pensamiento en aras de la moda.

XIII. Al público nunca hay que darle la razón, pero, aún así, tiene que sentirse representado por el crítico.

Nº 13

Treize - j'eus un plaisir cruel de m'arrêter sur ce nombre.

Marcel Proust

Le repliement vierge du livre, encore, prête à un sacrifice dont saigna la tranche rouge des anciens tomes; l'introduction d'une arme, ou coupe-papier, pour établir la prise de possession.

*Stéphane Mallarmé**

- I. Los libros y las putas pueden llevarse a la cama.
- II. Los libros y las putas entrecruzan el tiempo. Dominan el día como noche y la noche como día.
- III. Ni a los libros ni a las putas se les nota lo mucho que les valen los minutos. Si los tratas de cerca, te das cuenta de que tienen prisa. Calculan mientras vamos penetrándolos.
- IV. Los libros y las putas siempre han sentido un amor mutuo, pero uno no correspondido.
- V. Los libros y las putas tienen su tipo respectivo de hombre, ése que vive de ellos y que los explota. En el caso de los libros, es el crítico.

* S. Mallarmé, *Oeuvres complètes*, ed. H. Mondor y G. Jean-Aubry, París, Gallimard, 1989, pág. 381; traducción española de José Antonio Millán: «Aún el repliegue virgen del libro se presta a un sacrificio por el que sangró el rojo lomo de los antiguos tomos; la introducción de un arma, o un abrecartas, para establecer la toma de posesión» (S. Mallarmé, *Prosas*, Madrid, Alfaguara, 1987, pág. 252). La frase de Proust, por su parte, se podría traducir así: «Trece... sentí un cruel placer al detenerme en este número». [N. del T.]

VI. Los libros y las putas: en casas públicas, para los estudiantes.

VII. Los libros y las putas: quien los ha poseído pocas veces ha visto su final. Desaparecen antes de acabarse.

VIII. A los libros y a las putas les gusta contar, mintiendo, cómo han llegado a convertirse en lo que son. No suelen comprender lo que ha pasado. Así, durante años, van detrás de todo «por amor», hasta que al fin lo que era un «objeto de estudio» se muestra como un ser voluminoso.

IX. A los libros y a las putas les gusta dar la espalda al exhibirse.

X. Los libros y las putas se reproducen.

XI. Los libros y las putas: «Beata de vieja como puta de joven». ¡De cuántos libros que tuvieron mala fama está aprendiendo hoy la juventud!

XII. Los libros y las putas se pelean delante de todos.

XIII. Los libros y las putas: las notas a pie de página suelen ser para aquéllos lo que para éstas los billetes en las medias.

ARMAS Y MUNICIÓN

Acababa de llegar a Riga para visitar a una amiga. Su casa, la ciudad, el idioma, todo me resultaba desconocido. Nadie me esperaba ni me conocía. Paseé solo, dos horas, por las calles. No he vuelto a verlas nunca así. De cada portal salía una llamarada, cada esquina echaba chispas, y cada tranvía pasaba como si fuera un coche de bomberos. Ella podía salir de cualquier portal, doblar cualquier esquina, pasar sentada en cualquier tranvía. Yo tenía que ser, a toda costa, el primero que la viera. Pues si ella hubiera puesto sobre mí la

mecha de su mirada, yo habría saltado por los aires como si fuese un depósito de municiones.

PRIMEROS AUXILIOS

Un barrio laberíntico, una red de calles que había evitado durante años, se me hizo claro de repente cuando alguien que amaba se fue allí. Como si hubiera un proyector en su ventana que organizara la zona con sus rayos.

INTERIORISMO

El tratado es una forma arábiga. Su exterior no llama la atención, en consonancia con la fachada de los edificios árabes, cuya articulación empieza por el patio. La estructura articulada del tratado tampoco es perceptible desde fuera, y se abre sólo desde dentro. Si el tratado está formado por capítulos, sus títulos no son palabras, sino números. La superficie de sus deliberaciones no aparece animada de manera pictórica, sino que está cubierta con las espesas redes del ornamento, que no dejan ni un solo espacio vacío. En la densidad ornamental de dicho texto desaparece ya la diferencia entre exposición temática y digresiva.

ARTÍCULOS DE PAPELERÍA

PLANO DE LA CIUDAD. Conozco a una mujer que está abstraída. Mientras que a mí me resultan familiares todos los

nombres de mis proveedores, el lugar donde guardo mis documentos, las direcciones de mis amigos y conocidos o incluso la hora de una cita, en ella se asientan los conceptos políticos, las órdenes y consignas del partido. Así ella vive dentro de una ciudad de eslógans, al interior de un barrio de vocablos que se hallan conjurados y hermanados, donde hasta los callejones han tomado partido, cada palabra tiene como eco un grito de guerra.

PLIEGO DE DESEOS. «Una caña se alza / para endulzar el mundo. / ¡Ojalá de mi cálamo / vayan fluyendo cosas deliciosas»; esto es lo que sigue a *Anhelos felices* como una perla que ha rodado fuera de su concha*.

AGENDA DE BOLSILLO. Una de las cosas más características del hombre nórdico es que, cuando ama, tiene que estar solo a toda costa para estudiar y disfrutar su sentimiento antes de ir a la mujer y declarárselo.

PISAPAPELES. Place de la Concorde, el obelisco. Lo que hace cuatro mil años fuera enterrado ahí dentro ahora se halla en

* *Anhelos felices* y «Una caña se alza...» son los dos últimos poemas de la sección titulada *Libro del cantor del Diván de oriente y occidente* de Johann Wolfgang Goethe. Ernst-Edmund Keil y Jenaro Talens tradujeron *Anhelos felices* del modo siguiente: «Decidlo sólo al sabio, / porque la multitud se mofa siempre: / yo alabo al que ansía / consumirse en la llama. // En el frescor de la amorosa noche, / la que te engendró, donde engendraste, / un sentimiento extraño te acomete / al ver en la quietud cómo alumbra la vela. // No sigues abrazado / por sombras y tinieblas, / y un anhelo te empuja nuevamente / a una unión más alta. // Ya no hay distancia para ti, alzas el vuelo, y como hechizado / y estando ansioso de la luz, acabas, mariposa, / abrasándote en ella. // Mientras no alcances esto, ese ¡muere y transórmate!, / más que un huésped sombrío / no serás en la tierra oscurecida» (J. W. Goethe, *Poemas del diván de oriente y occidente*, Málaga, Cuadernos del Sur, 1972, pág. 13). [N. del T.]

el centro de la plaza más grande. Si lo hubieran predicho, ¡qué triunfo para el faraón! Algún día, el imperio cultural de Occidente poseerá en su centro el monumento conmemorativo donde se muestra el poder del faraón. ¿Qué aspecto tiene, en realidad, esta gloria? Pues ni una siquiera de cada diez mil personas que por aquí pasan se detiene; y ni una siquiera de cada diez mil personas que se detienen sabe cómo leer esa inscripción. Así cumple la gloria sus promesas; no hay oráculo que sea más astuto. Pues el inmortal se encuentra ahí exactamente como el obelisco: regula el tráfico espiritual que está rugiendo a su alrededor, y a nadie le sirve la inscripción que hay grabada en él.

BISUTERÍA

Incomparable lengua la de la calavera: une la más completa inexpresividad (el negro de sus órbitas oculares) con la expresión más salvaje (la chirriante risita de los dientes).

Una persona que se cree abandonada lee un libro, y le duele que la página que procede a pasar ya esté cortada; que ni ella siquiera ya le necesite.

Los regalos han de afectar tan hondamente al regalado para que se asuste.

Cuando un amigo cultivado y elegante me envió su nuevo libro, me sorprendí arreglándome la corbata antes de ir a abrirlo.

El que guarda las formas pero al tiempo rechaza la mentira, es como quien viste a la moda mas sin llevar camisa.

Si el humo del cigarrillo en la boquilla y la tinta de la estilográfica se movieran con la misma ligereza, yo habría alcanzado la Arcadia feliz de mi escritura.

Ser feliz significa el poder percibirse sin horror.

AMPLIACIONES

NIÑO LECTOR. Recibes un libro de la biblioteca del colegio. Suelen repartirlos en los primeros cursos. Rara vez se atreve alguien a manifestar un deseo. A menudo contemplas con envidia cómo el libro que deseas llega a manos de otro. Recibes por fin el tuyo. Durante una semana has estado a la merced del texto, que te envolvía espesa y suavemente, sigiloso y constante, tal como van cayendo los copos de nieve. La confianza con que entrabas no tenía límites. El silencio del libro, te iba seduciendo por entero. Su contenido no era lo importante, pues su lectura tenía lugar en una época en la que todavía te inventabas historias en la cama. El niño sigue sus huellas, que aparecen ya medio borradas. Y, al leer, se tapa los oídos; su libro está puesto en una mesa demasiado alta; sobre la página siempre hay una mano. El niño lee las aventuras de su héroe en el torbellino de las letras como una figura y un mensaje en el movimiento de los copos. Respira el mismo aire que los acontecimientos, y percibe el aliento de todos los distintos personajes. Se encuentra más mezclado con los personajes que el adulto.

Le afectan mucho los acontecimientos y el intercambio de palabras; y finalmente, cuando se levanta, está todo cubierto por la nieve de lo que ahí ha ido leyendo.

NIÑO QUE LLEGA DEMASIADO TARDE. El reloj del patio del colegio parece estropeado por su culpa. La esfera marca «demasiado tarde». Y de las aulas por las que el niño pasa el murmullo de secretas reuniones llega hasta el pasillo. Los maestros y los estudiantes que hay en esas aulas son amigos. O todo está en silencio, como si esperaran a ese niño. Sin hacer ruido, él pone la mano sobre el pomo. El Sol alumbra el sitio en que el niño se encuentra, y él entonces profana ese nuevo día cuando abre. Oye la voz del maestro chascando como una rueda de molino; el niño está ante la piedra de moler. Esa voz tabletea marcando el compás, pero los mozos lo echan todo sobre el nuevo; unos diez, o hasta veinte pesados costales vuelan hacia él, que tiene que llevarlos hasta el banco. En su abrigo no queda un solo hilo que no haya recubierto el polvo blanco. Como un alma en pena a medianoche, el niño hace ruido al caminar, y nadie lo mira. Va a sentarse a su sitio, y así aguanta hasta el fin de la clase. Pero con eso no se tranquiliza.

NIÑO GOLOSO. Su mano se interna en el quicio de la despensa apenas abierta al igual que un amante que se interna en la noche. En cuanto se adapta a la oscuridad, busca a tientas el azúcar, las almendras, o las pasas, o la mermelada. Y así como el amante abraza a su amada antes de besarla, el tacto se cita con esos productos antes de que la boca esté saboreando su dulzura. La miel, como las pasas de corinto o incluso el arroz se entregan zalameras a esa mano. Y este

encuentro de ambos, que por fin han escapado a la cuchara, en verdad que es apasionado. Agradecida y fogosa, como una mujer que hayan raptado arrancándola de casa de sus padres, la mermelada de fresa se deja probar sin pan, al aire libre, y hasta la mantequilla responde con ternura a la osadía de ese pretendiente que ha penetrado en su dormitorio. Entonces la mano, ese joven Don Juan, no tarda en llegar a todos los rincones, dejando atrás regueros y raudales: virginitad que se renueva sin quejarse.

NIÑO EN EL TIOVIVO. La plataforma con los solícitos animales gira pegada al suelo. Tiene la altura justa para poder soñar que estás volando. Cuando suena la música, el niño se va alejando de la madre. Al principio tiene miedo a abandonarla, pero entonces comprende que él mismo es muy leal. Un rey leal que manda en un mundo que le pertenece. En la tangente, árboles y vecinos van formando dos filas. Entonces reaparece su madre en un Oriente. De pronto sale de la selva virgen la copa de un árbol que el niño había visto milenios atrás, y que acaba de ver apareciendo en el tiovivo. Su animal le tiene un gran cariño: como un Arión mudo, el niño viaja sobre su mudo pez; un toro-Zeus de madera lo rapta como a una Europa inmaculada. Desde hace mucho tiempo, el eterno retorno de las cosas es bien conocido por los niños, y la vida es un viejo arrebato, una borrachera de poder, con la tonante orquesta puesta en medio, como tesoro perteneciente a la corona. Si toca algo más lento, el espacio ya empieza a tartamudear, al igual que los árboles empiezan a recuperar el sentido. El tiovivo se convierte nuevamente en un suelo inseguro. Y la madre reaparece, convertida en el poste en el que el niño amarra firmemente sus miradas mientras que toma puerto.

NIÑO DESORDENADO. Cada piedra que encuentra, cada flor que recoge, cada mariposa que atrapa es el comienzo de una colección, y ello a pesar de que todas sus propiedades forman para él una sola. Esa pasión nos muestra en él su rostro, esa mirada india tan severa que en anticuarios, investigadores y bibliómanos ya sólo arde sin lustre. En cuanto empieza a vivir, el niño se convierte en un gran cazador. Caza los espíritus, cuya huella rastrea entre las cosas; y entre los espíritus y las cosas van transcurriendo años en los que su campo visual nunca incluye a los hombres. Vive así como en sueños; no conoce nada permanente, porque todo le pasa, le sucede. Y sus años de nómada son horas dentro del bosque de los sueños. Desde ahí va arrastrando su botín a su casa, a limpiarlo, asegurarlo y desencantarlos. Sus cajones se convierten poco a poco en arsenal y zoo, como en museo criminal y cripta. «Vaciarlos» sería lo mismo que destruir un edificio lleno de castañas puntiagudas que son luceros del alba, papel de estaño que es plata, cubos de madera que, en realidad, son ataúdes y cactus que son tótems, y monedas de cobre que sin duda alguna son escudos. En el amplio ropero de la madre y en la biblioteca del padre el niño ayuda desde hace mucho tiempo, mientras que en su cuarto todavía es un huésped, siempre belicoso e inconstante.

NIÑO ESCONDIDO. Conoce en la vivienda todos los posibles escondrijos y siempre vuelve a ellos al igual que a una casa donde está todo como lo dejó. Su corazón late arrebatado, conteniendo el aliento. Aquí dentro el niño está encerrado al interior del mundo material. Este mundo es muy claro para él, y así se le acerca sin hablar. De ese modo comprende una persona a la que van a ahorcar lo que son la cuerda y la

madera. El niño que está detrás de la cortina se convierte ahora en algo tremolante y blanco, queda convertido en un fantasma. La mesa del comedor bajo la que se acurruca para él es el ídolo de madera del templo, y las patas talladas son las cuatro columnas. Tras una puerta, él es una puerta; la puerta es una máscara pesada que él se ha colocado sobre el rostro, y el niño es el brujo-sacerdote que hechiza a cuantos van desprevenidos. A ningún precio lo pueden encontrar. Cuando hace muecas le dicen que, si suena el reloj, se le quedará puesto ese gesto. El niño en su escondrijó sabe bien qué verdad hay en esto. Si alguien de repente lo descubre, puede con ello convertir al niño en un ídolo debajo de la mesa, o dejarlo entretejido para siempre en la cortina, igual que un fantasma, o sino desterrarlo de por vida a la pesada puerta. Así, cuando lo atrapan, deja escapar de golpe, con un grito, al espíritu que lo había transformado para que no lo encuentren; mas no espera siquiera dicho instante, sino que se anticipa con un grito de auto-liberación. Pero por eso el niño no se cansa de tanto pelear con el espíritu. La vivienda es, en su conjunto, el arsenal de las máscaras. Pero, una vez al año, hay regalos en lugares misteriosos, en las órbitas vacías de las máscaras, o en su rígida boca. Y la experiencia mágica se le convierte en ciencia. Como un ingeniero, el niño desencanta la tenebrosa casa de sus padres y busca huevos de Pascua.

ANTIGÜEDADES

MEDALLÓN. Cuanto con razón parece bello es paradójico el que se aparezca.

MOLINETE DE ORACIONES. Solamente la imagen representada alimenta con vida a la voluntad. La palabra la inflama, como mucho, para arder sin llama. No hay voluntad sana sin representación gráfica precisa. Al igual que no hay representación sin invención. La respiración la regula sutilmente. El sonido propio de las fórmulas es el canon de la respiración. De ahí que el yoga medite respirando sobre cada sílaba sagrada. De ahí su omnipotencia.

CUCHARA ANTIGUA. Una cosa les queda reservada a los grandes épicos: el hecho de dar de comer a sus héroes.

VIEJO MAPA. Una gran mayoría de la gente busca en el amor su hogar eterno. Otros (muy pocos), un eterno viaje. Estos son melancólicos que evitan el contacto con la tierra. Buscan a quien mantenga lejos de ellos la violenta nostalgia del hogar. Y, a eso, son fieles. Los libros y tratados medievales, cuando se ocupan de tal temperamento, conocen el anhelo que abriga esta gente por el viaje.

ABANICO. Muchos hemos hecho esta experiencia: si amas a una persona o si te ocupas intensamente de ella, encuentras su retrato en cada libro. Ahí aparece incluso como el protagonista y su contratio. En los distintos relatos y novelas te la encuentras según nuevas versiones. De ahí resulta esto: la fantasía es la facultad de ir haciendo interpolaciones en lo pequeño infinitamente, de encontrarle a cada intensidad una copiosidad apretujada, como una extensión; dicho en pocas palabras: la fantasía toma cada imagen como si fuera aquella que contiene un cerrado abanico que sólo al desplegarse toma aliento y nos muestra los rasgos de la persona amada.

RELIEVE. Estás reunido con la mujer que amas, vas hablando con ella. Varias semanas después, o algunos meses, cuando ya estás separado de ella, recuerdas de qué hablasteis en aquella ocasión. Y ahora tienes ante ti ese tema, banal, superficial, casi estridente, y comprendes que ella, inclinándose al tema por amor, proyectaba su sombra sobre él; y lo protegió para que, actuando en idéntica forma que un relieve, viviera recogido el pensamiento en sus menores pliegues y rincones. En cuanto estás solo, como ahora, el pensamiento está desamparado, aplanado y sin sombra bajo la luz de tu conocimiento.

TORSO. Tan sólo quien pudiera contemplar su pasado cual directo producto de la coacción y la necesidad acertará a sacarle un gran partido en cualquier presente. En el mejor de los casos lo que uno ha vivido es comparable a una hermosa estatua que, al ser transportada, ha ido perdiendo uno a uno sus miembros, y que ahora es tan sólo el valioso bloque en el que tienes que esculpir tu futuro como imagen.

RELOJES Y JOYAS

Aquel que contempla la salida del Sol despierto y vestido (durante el curso de una excursión, por ejemplo) conserva durante el día frente a todos la gloria del que ha sido invisiblemente coronado. Y aquel que haya visto la salida del Sol mientras trabaja se siente a mediodía como si él, por sí mismo, se hubiera puesto la corona.

En las novelas, el número de página es el reloj de la vida que pende ahí sobre los personajes, en donde pasan rápida-

mente los segundos. ¿Qué lector, atemorizado, no le ha echado un vistazo alguna vez?

Soñé que, recién nombrado profesor de universidad, conversaba con Roethe por las espaciosas salas de un museo cuyo director era él. Mientras que él habla en una de las salas contiguas con un empleado, me acerco a una vitrina. En ella, junto a otros objetos menores que están allí esparcidos, se ve el busto, metálico o esmaltado, de una mujer, casi de tamaño natural, que refleja la luz, pero sin brillo, una figura no muy diferente de la famosa *Flora* de Leonardo conservada en Berlín. La boca de esta peculiar cabeza de oro está ahí bien abierta, y sobre los dientes inferiores se ven unas joyas, algunas de las cuales cuelgan a intervalos calculados al exterior de la boca. Supe que se trataba de un reloj. (Motivos del sueño: el rubor; el refrán que dice: *Morgenstunde hat Gold im Munde*; y por fin estos versos: «*La tête, avec l'amas de sa crinière sombre / et de ses bijoux précieux, / sur la table de nuit, comme une renoncule, / repose*». Baudelaire)*.

* Los motivos del sueño se entienden solamente en alemán. La palabra «rubor» traduce *Schamröte*, que literalmente significa «rojez de vergüenza», cuya segunda parte coincide con el apellido del personaje del sueño (Roethe). El refrán alemán *Morgenstunde hat Gold im Munde* se corresponde en cuanto a su sentido al español «A quien madruga, Dios le ayuda», pero literalmente significa «La hora de la mañana tiene oro en la boca», cuyo significado literal es ese que, en efecto, figura en el sueño. Por último, los versos de Baudelaire pertenecen al poema titulado *Une martyre*, incluido en *Les fleurs du mal*, que puede traducirse de este modo: «la cabeza, apretado su cabello oscuro, / con sus broches preciosos, / sobre la mesilla, como una ranúncula / reposa». [N. del T.]

LÁMPARA DE ARCO

A una persona sólo la conoce quien la ama carente de esperanza.

TERRAZA

GERANIO. Los que se aman se apegan, sobre todo, a sus nombres.

CLAVELLINA DE LOS CARTUJOS. Al que está enamorado, la amada le parece solitaria.

ASFÓDELOS. Tras la persona amada se cierran los abismos de la especie, como de la familia.

FLOR DE CACTUS. El que se halla en verdad enamorado se alegra si a quien ama no le dan la razón al discutir.

NOMEOLVIDES. El recuerdo siempre empequeñece a la persona amada.

PLANTA DECORATIVA. Si algo impide la unión, no se tarda en formar la fantasía de, en la vejez, estar juntos y felices.

OFICINA DE OBJETOS PERDIDOS

OBJETOS PERDIDOS. Lo que hace irrecuperable e incomparable la primera vista de un pueblo o de una ciudad en el

paisaje es que ahí lo lejano se une estrechamente a lo cercano. La costumbre aún no ha hecho su trabajo. En cuanto empezamos a orientarnos, el paisaje ya desaparece, cual la fachada cuando entramos a una casa. Aún no nos lo ha impuesto la observación constante, habitual. Pero cuando empezamos a conocer el lugar, no podemos ya recuperar esa imagen primera.

OBJETOS ENCONTRADOS. La lejanía azul, que no le cede el sitio a la cercanía y no se esfuma cuando nos acercamos, que cuando llegamos a abordarla no se pavonea ante nosotros, sino que se yergue todavía, tan huraña como amenazante, es como la pintada lontananza de los decorados. Y esto es lo que da a los decorados ese carácter tan incomparable.

PARADA DE TRES COCHES DE ALQUILER COMO MÁXIMO

Llevaba diez minutos en una parada y esperaba un ómnibus. «*L'Intran ... Paris-Soir ... La Liberté*», gritaba a mis espaldas una vendedora de periódicos, sin descansar y sin cambiar de tono. «*L'Intran ... Paris-Soir ... La Liberté*», una celda de forma triangular. Miré ante mí hacia el ángulo vacío.

Vi en sueños «una casa de mala fama». «Un hotel en el que miman a un animal. Casi todos beben agua de un animal mimado». Soñé estas frases y me desperté sobresaltado. Estaba tan cansado que me había tumbado aún vestido en la cama, sin apagar la luz, y me había dormido de inmediato durante unos segundos.

En las casas de vecindad hay una música de un alborozo tan mortalmente triste que no está destinada a quien la toca: música de habitaciones amuebladas, en donde los domingos se te presentan unos pensamientos que se van adornando con la música como un plato de fruta ya pasada que está adornado con sus hojas mustias.

MONUMENTO A LOS CAÍDOS

KARL KRAUS*. Nada hay más dejado de la mano de Dios que sus enemigos, nada más desolado que sus adeptos. A ningún otro nombre se le honra mejor con el silencio. Con antiquísima una armadura y sonrisa sarcástica, como un ídolo chino que estuviera blandiendo en ambas manos sus desnudas espadas, Karl Kraus baila la danza de la guerra ante el mausoleo de la lengua alemana. Él, «uno de los epígonos que habitan la vieja casa del lenguaje»**, se ha convertido en guardián del mausoleo. Y hace su guardia ahí, de noche y de día. No hay ningún otro puesto que haya sido nunca defendido con tanta lealtad; ni ningún otro ha estado más perdido. Aquí está el que se nutre con el mar de lágrimas de su entorno, como una danaide, ése al que la roca que ha de sepultar a sus enemigos se le cae de las manos, como a Sísifo. En verdad, ¿hay algo más inútil que su conversión?*** ¿Y

* Sobre el escritor austríaco Karl Kraus, véase, en el volumen numerado II/1 de la edición de las *Obras* de Benjamin (Abada, Madrid, 2007, 2ª ed. 2010, págs. 341-376), el ensayo a su vez titulado *Karl Kraus*, del año 1931. [N. del T.]

** Las palabras pertenecen al poema *Bekentnis*; cfr. Karl Kraus, *Worte in Versen*, Viena y Leipzig, 1924, vol. II, pág. 24. [N. del T.]

*** Kraus, que era judío, se convirtió al catolicismo en 1911; su padrino sería el arquitecto Adolf Loos. [N. del T.]

algo más impotente que su humanidad? ¿Puede haber algo más desesperado que su violenta lucha con la prensa? ¿Qué sabrá Karl Kraus sobre las fuerzas que en verdad se encuentran aliadas con él? Mas, ¿qué visión de los nuevos magos se puede comparar con el oído de esta especie de brujo-sacerdote, al que una lengua muerta le inspira por entero las palabras? ¿Quién conjuró a un espíritu, como hace Kraus en *Los abandonados*, como si nunca nadie hubiera escrito *Anhele feliz?** De manera sin duda desvalida, como si se tratara de las voces que emiten los espíritus, le llega de la ctónica profundidad del lenguaje el murmullo de una predicción. Cada uno de los sonidos emitidos es incomparablemente auténtico, pero nos dejan tan desconcertados como lo que dicen los espíritus. Ciego como los manes, el lenguaje implora su venganza, y tan obtuso como los espíritus que tan sólo conocen la voz de la sangre y a los que nada les importa lo que provocan en el reino de los vivos. Pero Kraus no se puede equivocar, porque los mandatos del lenguaje son sin duda infalibles. Quien se topa con Kraus está ya sentenciado: ahí, en esa boca, un nombre se convierte en una condena. Porque cuando Kraus abre la boca, la incolora llama del ingenio se ve arder en sus labios. Y que no se tropiece con él nadie que vaya por los caminos de la vida. En un arcaico campo del honor, en el inmenso campo de batalla del trabajo sangriento, Kraus aún sigue bramando ante un mausoleo abandonado. Los honores que se le rindan al morir habrán de ser enormes; serán los últimos que se concederán.

* El poema *Die Verlassenen* se encuentra en: *Worte in Versen*, V, pág. 17. *Selige Sehnsucht* es un poema de Goethe. [N. del T.]

ALARMA DE INCENDIOS

El concepto de lucha de clases puede inducir a error. No se trata de una prueba de fuerza en la que se decide la cuestión «¿quién gana, quién pierde?»; no se trata ni de una pelea tras la cual al vencedor le irá bien y mal al perdedor. Pensar así equivale al encubrir románticamente los hechos. Pues la burguesía, venza o pierda en la lucha, se encuentra condenada a sucumbir debido a sus profundas contradicciones internas, que en el curso de su desarrollo se volverán mortales. La cuestión es tan sólo si sucumbirá por sí misma o por la fuerza del proletariado. La respuesta final decidirá si el desarrollo cultural de tres mil años persistirá o llegará a su fin. La historia no conoce la mala infinitud que da la imagen de los dos eternos luchadores. El verdadero político sólo calcula a plazos. Y si la supresión de la burguesía no queda consumada en un instante ya casi calculable del desarrollo económico y técnico (la inflación y el empleo del gas como arma anuncian su llegada), todo estará perdido. Hay que cortar la mecha antes de que la chispa llegue a encender la dinamita. La intervención, el peligro y el ritmo propio del político son hoy técnicos, no caballerescos.

RECUERDOS DE VIAJES

ATRANI. Aquella escalera barroca arqueada que asciende suavemente hacia la iglesia. La verja que hay detrás. Las letanías de las ancianas en el *Ave María*: preparativos para difuntos de primera. Si te das la vuelta, la iglesia limita, como lo hace Dios mismo, con el mar. Todas las mañanas, la era

cristiana va entrando en la roca, pero más abajo, entre los muros, la noche todavía se disgrega esparcida en los cuatro viejos barrios romanos. Callejas como pozos de ventilación. En la plaza del mercado hay una fuente. Hacia la última hora de la tarde, algunas mujeres. Y luego, soledad: el chapoteo arcaico.

MARINA. La belleza propia de los grandes veleros es única. No sólo han mantenido una silueta invariable durante siglos, sino que aparecen además en el más inmutable de los paisajes: a saber, en el mar, contrastando con el horizonte.

FACHADA DE VERSALLES. Como si hubieran olvidado este palacio donde lo pusieron hace varios centenares de años *par ordre du roi*, para que, a lo largo de dos horas, sirviera de decorado a una comedia. De su esplendor no se reserva nada; se lo ha entregado por entero al regio paraje que se acaba con él. Con tal telón de fondo, el palacio se convierte en escenario en cuyo interior la monarquía absoluta se presentaba al modo de un ballet alegórico. Pero hoy ya tan sólo es la pared cuya sombra buscamos para disfrutar la perspectiva creada por Le Nôtre*.

CASTILLO DE HEIDELBERG. Las ruinas que se elevan hacia el cielo pueden verse dos veces más hermosas en los días claros, cuando la mirada se encuentra con las nubes, en sus ventanas o en sus partes superiores. La destrucción refuerza la perennidad de estas ruinas, mediante el efímero espectáculo que se crea en el cielo.

* André Le Nôtre (1613-1700), el famoso diseñador de jardines. [N. del T.]

ALCÁZAR DE SEVILLA. La del alcázar es una arquitectura que va siguiendo el primer impulso de la fantasía. No está quebrada por consideraciones prácticas. En todos estos altos aposentos sólo previeron los sueños y las fiestas. Ahí adentro, la danza y el silencio son el mismo motivo conductor, dado que todo movimiento humano va quedando absorbido por el alboroto silencioso del adorno.

CATEDRAL DE MARSELLA. En la plaza con menos gente y con más sol está la catedral. Aquí todo está muerto, por más que al sur, a sus pies, se encuentra el puerto, el de La Joliette, y al norte hay un barrio proletario. Como punto de transbordo de mercancías impenetrables e inasibles se ve el triste edificio situado entre muelle y almacén. Cuarenta años ha costado construirlo. Pero cuando lo acabaron, en el 1893, lugar y tiempo se conjuraron triunfalmente en contra de arquitecto y propietario, y los abundantes recursos del clero darían lugar a una estación gigantesca de ferrocarril que nunca se ha podido abrir al tráfico. En la misma fachada se reconocen las salas de espera en el interior, donde viajeros de primera a cuarta clase (que ante Dios son iguales), atrapados en sus propiedades espirituales igual que entre maletas, están sentados y leen sus misales que, con sus correspondencias y concordancias, tanto se parecen a los libros de horarios de los distintos trenes internacionales. De las paredes cuelgan, como pastorales evangélicas, unos pocos extractos de las normas del ferrocarril; ahí pueden consultarse las tarifas de las indulgencias obtenidas por haber viajado en el tren de lujo de Satán; y, a modo de confesionarios, hay unos cuartitos en los que el viajero se puede purificar discretamente. Así es la ferroviaria estación reli-

giosa de Marsella. De aquí salen, a la hora de la misa, los coches-cama a la eternidad.

CATEDRAL DE FRIBURGO. Al sentimiento de pertenencia a una ciudad va siempre unido para sus habitantes, pero tal vez también para el propio recuerdo del viajero que la habitó por algún tiempo, el profundo sonido y la distancia con que los relojes de sus torres darán las campanadas.

CATEDRAL DE SAN BASILIO DE MOSCÚ. Lo que la Virgen bizantina sostiene entre sus brazos sólo es un muñeco de madera de tamaño natural. Su expresión de dolor frente a ese Cristo cuyo carácter infantil apenas si aparece sugerido es más intensa que la que ella misma nos podría mostrar ante la imagen de un niño verdadero.

BOSCOTRECASE. Los pinares son muy distinguidos: su tejado parece construido sin emplear ningún entrelazado.

MUSEO NACIONAL DE NÁPOLES. Unas estatuas arcaicas presentan al observador, con su sonrisa, la consciencia concreta de su cuerpo, de igual modo que un niño nos enseña, sueltas y desordenadas, unas flores que acaba de recoger. Por el contrario, el arte posterior va anudando con más rigor los gestos, al igual que el adulto ya entrelaza, con unas hierbas cortantes, el grueso ramo para que perdure.

BAPTISTERIO DE FLORENCIA. En la puerta, la «esperanza» de Andrea Pisano. Aparece sentada, y levanta los brazos inútilmente en dirección a un fruto que no puede alcanzar. A pesar de ello, tiene alas. Nada hay más verdadero.

CIELO. Salí en sueños de dentro de una casa y vi el cielo nocturno. Brillaba de manera espectacular. Pues, como se veían abundantes estrellas, las imágenes en que suelen agruparlas estaban presentes. Un león, una doncella, una balanza y otras muchas figuras clavaban su mirada firmemente en la Tierra, como densos grupos estelares. No se veía la Luna.

ÓPTICA

En verano nos llaman la atención las personas más gruesas; en invierno, en cambio, las delgadas.

En primavera, cuando hace sol, percibimos bien las hojas nuevas; en cambio, cuando llueve, vemos las ramas que aún no tienen hojas.

Cómo ha transcurrido una velada puede averiguarlo de un vistazo quien se haya quedado hasta el final por la posición de los platos y las tazas, como de las copas y las fuentes.

Principio fundamental del galanteo: multiplicarse por siete, rodear siete veces a aquella mujer que se desea.

La mirada es el poso de los hombres.

JUGUETES

RECORTABLES. Como grandes barcas oscilantes, las casetas atracan a ambos lados de ese muelle de piedra donde se agolpan todos. Además, hay veleros de cuyos mástiles cuelgan

gallardetes; barcos de vapor de cuyas chimeneas sale humo; gabarras cuya carga lleva tiempo estibada. Pero también hay barcos en cuyo interior puedes desaparecer; sólo entran los hombres, pero, a través de unas escotillas, pueden verse brazos de mujer, como velos y plumas de pavos reales. Ya en otro lugar, unos forasteros que están en cubierta parecen querer asustar al público con una música excéntrica. Pero todo se acoge con indiferencia. La gente sube como titubeando, dando grandes pasos y contoneando la cintura, y, cuando están arriba, esperan que zarpe el barco de la orilla. Luego reaparecen en silencio y como aturdidos, pues han visto surgir y desaparecer a sus parejas en las escalas rojas por las que sube y baja un alcohol de colores; ese hombre amarillo que abajo empezó a galantear, luego abandonó arriba del todo a la mujer azul. Miran luego en espejos que mostraban el suelo inundado, y por fin van saliendo a trompicones por escaleras mecánicas. La flota acaba con la paz del barrio: en los barcos hay mujeres y chicas en venta, y del país de Jauja traen todo aquello que se puede comer. El lugar queda aislado del resto del mundo por la acción del océano, y es como si todo apareciera aquí por la primera y la última vez. Hay leones marinos, y hay enanos y perros que aquí están conservados como si fuera un arca. Ha instalado hasta un ferrocarril que cruza un túnel una y otra vez. Por algunos días, el barrio se convierte en la ciudad portuaria de una isla de los mares del sur, y sus habitantes se convierten en unos salvajes que, mostrándose ansiosos y pasmados, devoran cuanto Europa va arrojando a sus pies.

BLANCOS. Habría que describir sistemáticamente los paisajes de las casetas de tiro al blanco. En una de ellas había un

desierto de hielo en muchos de cuyos puntos se distinguían unas cabezas hechas con pipas de barro blancas, como puntos de mira reunidos en forma de estrella. Detrás, ante una franja inarticulada de bosque, aparecen dos guardas forestales pintados; y delante del todo, dos sirenas con pechos provocativos, pintadas al óleo. En distinto lugar, hay unas pipas que se erizan tiesas en el pelo de unas mujeres, las cuales no suelen ir pintadas con faldas, sino más bien con mallas. O también esas pipas salen de un abanico que las mujeres despliegan en la mano. Algunas pipas móviles giran muy lentamente al fondo del *Tir aux pigeons*, mientras otras casetas nos presentan teatros que el espectador dirige con la escopeta; cuando acierta, empieza la función. En una ocasión había en total treinta y seis cajas, y unos cuantos letreros indicaban qué había detrás: «*Jeanne d'Arc en prison*», «*L'hospitalité*», «*Les rues de Paris*». Y, en otra caseta: «*Exécution capitale*». Ante la puerta cerrada hay una guillotina, y un juez con su negra toga junto a un sacerdote con la cruz. Si el tiro acierta, la puerta se abre y se ve una tabla de madera en la que el delincuente está de pie, conducido entre dos esbirros; tras situarse automáticamente bajo la guillotina, le cortan la cabeza. Y en la misma caseta se presenta: «*Délices du mariage*». Ahí, al abrirse un *inté-rieur* miserable, vemos al padre en la habitación que, con un niño sobre las rodillas, con su mano libre va meciendo una cuna, en la que además hay otro niño. Otra, «*L'enfer*»: cuando las puertas se abren, vemos un demonio que atormenta a una pobre alma. Otro demonio va empujando a un cura hacia la gran caldera en cuyo interior los condenados reciben su castigo. En «*Le baigne*» [«El presidio»], hay una puerta, y ante ella está puesto un carcelero. Si aciertas el tiro, el carcelero toca una campana, la puerta se abre y se ve a dos

presos que mueven una rueda grande; parece que tengan que darle la vuelta. Mas la constelación cambia de nuevo y se ve a un violinista con un oso que baila. Disparas, y el arco del violín se mueve. El oso golpea un tambor con una mano y levanta una pata. Esto hace que pensemos en el cuento del Sastrecillo Valiente, pero con un disparo igualmente podría despertarse la Bella Durmiente, ser liberada de la manzana Blancanieves, Caperucita Roja se podría salvar. El disparo golpea en la vida de los muñecos igual que en un cuento, con aquella violencia beneficosa que después de cortarle la cabeza a un monstruo se descubre de pronto que es una princesa. Como en aquella puerta sin letrero: si es que das en el blanco, se te abre, y ante unas rojas cortinas de felpa vemos un moro que se inclina un poco. Tiene una bandeja de oro con tres frutas. La primera se abre, y dentro hay una minúscula persona que hace una reverencia. En la segunda bailan dos muñecos igualmente pequeños. (La tercera fruta no se abrió). Debajo, ante la mesa en la que se encuentra el escenario, un pequeño jinete de madera marcado con el rótulo: «*Route minée*» [«Carretera minada»]. Si aciertas en el blanco hay una explosión, y el caballero y su montura caen, mas sin separarse uno de otro.

ESTEREOSCOPIO. Riga. El mercado diario, densa ciudad de casetas de madera, se extiende por el muelle a lo largo del Dvina, ancho muro de piedra, sucio y sin almacenes. Pequeños barcos de vapor cuyas chimeneas apenas si superan dicho muro, han atracado en la negruzca ciudad enana. (Los barcos grandes quedan río abajo). Unas sucias tablas son el fondo de barro en el cual, reluciendo en el aire frío, unos pocos colores se van difuminando. En algunos rinco-

nes, diariamente y durante todo el año, junto a las barracas de pescado, carne, zapatos y ropa, se ven mujeres de la pequeña burguesía con las varillas de papel coloreado que, en Navidad, llegan al Oeste. Ser reprendido por la voz que amas: tal es la función de esas varillas. Por unos pocos céntimos recibirás azotes multicolores. Al final del muelle, detrás de unas barreras de madera y a una treintena de pasos del agua, se encuentra el mercado de manzanas con sus grandes montañas rojiblancas. Las manzanas en venta están metidas en paja, y las vendidas, sin ella, se apiñan en los cestos de las amas de casa. Detrás hay una iglesia de color rojo oscuro que, en el aire frío de noviembre, no puede competir con los mofletes que muestran las manzanas. No muy lejos del muelle hay varias tiendas de artículos para marineros dentro de unas casitas. Todas llevan pintadas unas cuerdas. Así, por todas partes, pintadas en el medio de los rótulos o en las fachadas de las casas, se ven las mercancías. Una tienda nos muestra, en la ciudad, en la pared de ladrillo sin enlucido unas cuantas maletas, junto con algunos cinturones enormes. Una pequeña casa que hace esquina, en la que hay una tienda de corsés y sombreros de señora, se encuentra decorada con rostros acicalados de mujer y severos corpiños sobre un fondo ocre. Enfrente, una farola con igual decoración en sus cristales. El conjunto parece la fachada de un enorme burdel de fantasía. Otra casa, tampoco muy lejos del puerto, nos exhibe, pintados en su pared, sacos grises y negros de carbón y azúcar. Más allá, unos zapatos llueven desde cuernos de la abundancia. Y en un cartel que parece sacado de un viejo libro para colorear aparecen pintados ciertos artículos de ferretería: martillos, ruedas dentadas, tenazas y minúsculos tornillos. La ciudad está llena con estas

imágenes. Entre ellas sobresalen unos edificios elevados que, a la vista, parecen fortalezas; mortalmente tristes, evocan los horrores del zarismo.

NO VENAL. Gabinete mecánico en la feria de Lucca. La exposición se aloja en una carpa alargada que se distribuye simétricamente. Se accede a través de unos pocos peldaños. En lugar de rótulo vemos una mesa donde yacen unos muñecos inmóviles. Por la apertura que hay a la derecha se penetra en la carpa, mientras se sale por la apertura izquierda. Dentro, en un espacio luminoso, se extienden dos mesas a lo largo. Ambas coinciden por el borde interior longitudinal; para pasar queda poco espacio. Ambas mesas son bajas y se encuentran cubiertas de cristal. Sobre ellas están puestos los muñecos (que tienen entre veinte y veinticinco centímetros de altura por término medio), y en la parte inferior, que queda oculta, puede oírse el tictac del mecanismo con el que se accionan. Una pequeña pasarela para niños va a lo largo de los bordes de las mesas. En las paredes hay espejos deformantes. Los muñecos más cercanos a la entrada son todos personajes principescos. Todos se mueven algo: con el brazo derecho o el izquierdo hacen un gesto amplio, o giran sus miradas de cristal; unos pocos mueven, al mismo tiempo, los ojos y los brazos; es el caso de Francisco José, Pío IX en el trono flanqueado por dos cardenales, la reina Elena de Italia, la sultana, Guillermo I a caballo, Napoleón III el pequeño, y el príncipe heredero Víctor Manuel, que se ve más pequeño todavía. A continuación hay personajes bíblicos y la Pasión de Cristo en su conjunto. El rey Herodes, moviendo la cabeza, dispone el asesinato de los niños. Abre la boca e inclina la cabeza, extiende el brazo y

vuelve a dejar que caiga. Ante él hay dos verdugos: uno lleva consigo una espada afilada y un niño decapitado bajo el brazo; el otro, que está a punto de actuar, sólo mueve los ojos. Y también hay dos madres: una de ellas sacude la cabeza, como una figura melancólica; la otra alza los brazos, suplicando. Al lado vemos *La crucifixión*. La cruz está en el suelo y los esbirros van fijando los clavos. Jesucristo inclina la cabeza; desde la cruz, bebe vinagre de una esponja que un soldado le acerca a trompicones y después se la aleja, de repente. El Salvador alza un poco la barbilla. Por detrás de él, un ángel se inclina por encima de la cruz, con un cáliz que tiene bien sujeto con intención de recoger la sangre, por lo que lo acerca y se lo lleva cual si estuviese lleno. La otra mesa nos muestra escenas de género. Gargantúa, enfrentado a un gran plato de albóndigas, se las lleva con las dos manos a la boca, alzando el brazo derecho y el izquierdo alternativamente. Cada mano sujeta un tenedor que sostiene una albóndiga. Aún otras figuras: una hilandera en los Alpes, o dos monos que tocan el violín. Un mago tiene ante sí dos recipientes con forma de tonel. El derecho se abre, y aparece el busto de una dama, que, a continuación, vuelve a bajar. Cuando se abre el recipiente izquierdo sale el cuerpo de un hombre, pero sólo hasta la mitad. Si de nuevo se abre el recipiente derecho, emerge al punto el cráneo de un macho cabrío que entre los cuernos lleva el rostro de la dama. Luego se abre el recipiente de la izquierda, donde aparece un mono en vez del hombre. A continuación se reinicia todo una vez más, desde el principio. Otro mago tiene una mesa ante sí y lleva bien sujeta en cada mano una copa puesta boca abajo. Cuando levanta una u otra, aparece de pronto un pedazo de pan, o bien una manzana, o una flor o un dado. En *La fuente*

encantada, un joven campesino que aparece puesto frente a un pozo de palanca, sacude inútilmente la cabeza. Una chica acciona la palanca, y por la boca del pozo sale un grueso chorro de cristal. Por fin, en *Los amantes hechizados*, un matorral de oro o una llama de oro se abre en dos alas. Dentro se ven dos muñecos, que giran poco a poco las cabezas, el uno hacia el otro, y después las separan, como si estuvieran asombrados. Bajo todas las figuras presentadas hay un pape-lito con el título, y la escena que forman lleva fecha del año 1862, en su conjunto.

POLICLÍNICA

El autor concreta el pensamiento en la mesa de mármol del café. Se produce una larga observación, pues el autor aprovecha el tiempo en que el vaso (la lente con que examina al paciente) no está todavía dispuesto ante él. Saca su instrumental muy poco a poco: la estilográfica, el lápiz y la pipa. Y los numerosos parroquianos, colocados en forma de anfiteatro, son su público clínico. El café, servido y degustado como por precaución, aplica cloroformo al pensamiento. El autor piensa en algo que no tiene que ver con el asunto, igual que el sueño del narcotizado nada tiene que ver con lo que hace a la intervención quirúrgica. Así, actuando como el cirujano, él va dando sus cortes en los cuidadosos lineamientos que traza la escritura, en su interior desplaza los acentos, cauteriza las excrecencias de las palabras, intercala, como costilla artificial, algún extranjerismo. Por último, la puntuación le cose todo con sus finas puntadas y el cirujano paga finalmente unas pocas monedas al camarero, o sea, su asistente.

SE ALQUILAN SOLARES

Locos quienes deploran la decadencia de la crítica, pues sin duda su hora ya pasó hace tiempo. La crítica es asunto de distancia correcta. Su lugar es un mundo en el cual lo importante son las diferentes perspectivas y en el que todavía se podía adoptar un punto de vista. Pues ahora las cosas arremeten con violencia excesiva contra la sociedad y la «mirada libre» e «imparcial» se han vuelto mentira o expresión ingenua de la incompetencia. La mirada lanzada al corazón de las cosas que hoy es esencial, mirada mercantil, se llama «anuncio». Arrasa el campo de acción de quien observa y nos acerca las cosas tan peligrosamente como ese coche que en la pantalla de los cines se nos echa encima. Y así como el cine no le presenta a la observación crítica los muebles y fachadas en su integridad, dado que sólo su proximidad tan testaruda como caprichosa es lo que nos causa sensación, el auténtico anuncio nos acerca las cosas a golpe de manivela, de igual modo, y posee un ritmo equivalente al de las buenas películas. De esta manera la «objetividad», ha desaparecido por completo y ante las enormes imágenes que cuelgan ahora de las fachadas de las casas (en las que los productos quedan al alcance de la mano sólo de los gigantes) la sentimentalidad restablecida queda libre a la manera americana, como esas personas a las que ya nada les conmueve, que vuelven a aprender a llorar en el cine. Al hombre de la calle es el dinero lo que le aproxima las cosas y lo que establece el contacto con ellas. Y así también el reseñista a sueldo, que en el salón de arte del marchante va vendiendo los cuadros, sabe sobre ellos cosas tal vez no mejores, pero sin duda sí más importantes que el aficionado que las ve en los escaparates.

El calor del tema se comunica así al reseñador y le da el tono sentimental que corresponde. Al fin y al cabo, ¿qué hace a los anuncios ser tan superiores a la crítica? No lo que dice el rótulo, eléctrico y rojo, sino el charco de fuego que lo va reflejando en el asfalto.

ARTÍCULOS DE OFICINA

El despacho del jefe está lleno de armas y lo que a quien entra le parece confort es en realidad un arsenal camuflado. Sobre el escritorio, un teléfono no para de sonar. Si dices algo importante te interrumpe y le da tiempo al otro para que prepare su respuesta. Los fragmentos de esa conversación telefónica muestran que aquí se discuten numerosos asuntos que son de mayor importancia que el tuyo. Te dices esto y empiezas a retirar lentamente tu punto de vista. Empiezas a preguntarte de quién están hablando, y de pronto escuchas con horror que tu interlocutor se va mañana de viaje a Brasil y que es tan solidario con la empresa que, en el dolor de cabeza del que se queja al teléfono, ve una lamentable perturbación del trabajo (y no una espléndida oportunidad). Entra la secretaria, dando igual que la hayan o no la hayan llamado. Además, es muy guapa. Y mientras que su jefe ya ha resuelto hace mucho tiempo el asunto de sus encantos (ya sea porque está inmunizado o bien porque es su admirador), ahora el visitante va a mirarla una vez y otra, y ella sabe bien cómo ganarse el agradecimiento del jefe. El personal se encuentra en movimiento, y busca en los ficheros en los que el visitante sabe bien que figura en los más variados contextos. Pero empieza a cansarse. El otro, que tiene la luz a sus espaldas, lo va

leyendo con satisfacción en los rasgos del rostro deslumbrado. Y también el sillón surte su efecto; estás tan reclinado como en el dentista y así acabas aceptando el penoso procedimiento que te aplican como si fuera el curso normal de las cosas. Al tratamiento le seguirá más tarde, o más temprano, la liquidación.

MERCANCÍAS SUELTAS: EXPEDICIÓN Y EMBALAJE

Atravesé Marsella en coche a primera hora de la mañana para ir a la estación. Y como de camino me llamaron la atención unos lugares que me era conocidos y unos que me eran desconocidos o que no recordaba, la ciudad se me convirtió en un libro al que di un vistazo antes de guardarlo en una caja del desván, y durante quién sabe cuánto tiempo.

CERRADO POR REFORMA

Me quité la vida en sueños con una escopeta. Tras dispararme, no me desperté, sino que por un tiempo me vi yacer ahí como un cadáver. Sólo entonces, al fin, me desperté.

RESTAURANTE AUTOMÁTICO «AUGÍAS»

La objeción más fuerte contra el modo de vida del solterón es que come solo, siendo fácil que esto vuelva insensible y ruda a una persona. Quien tiene esa costumbre, tiene que vivir de manera espartana para no echarse a perder. Los

anacoretas se alimentan frugalmente, aunque sea tan sólo por esta razón. Pues sólo en comunidad pude comerse de manera correcta; la comida hay que compartirla para que surta efecto. Igual da con quién: así, un mendigo sentado a la mesa enriquecía antiguamente la comida. Lo esencial es compartir y dar, en absoluto la conversación. Por otra parte, resulta sorprendente que la vida social se vuelva problemática sin comida. Y es que agasajar iguala y une. El conde de Saint-Germain permanecía en ayunas ante mesas repletas, gracias a lo cual podía ir dominando la conversación. Si todos tienen el estómago vacío, al punto surgen las rivalidades.

FILATELIA

A menudo a quien examina unas cartas antiguas un sello que ya no está en circulación y que se encuentra en un viejo sobre roto le dice más que no el haber leído docenas de páginas. Algunas veces te encuentras esos sellos pegados en viejas tarjetas postales y no sabes si despegarlos o si conservar la tarjeta completa, cual si fuera una lámina de un maestro antiguo que en los lados anterior y posterior tiene dos dibujos igualmente valiosos. En las vitrinas de los cafés suele haber cartas que, a consecuencia de haber hecho algo malo, son puestas en la picota a la vista de todos. ¿O quizá son cartas desterradas que pasarán languideciendo mucho tiempo en ese estrecho islote de cristal? Las cartas que no ha abierto nunca nadie parecen tener algo brutal; son igual que los desheredados que preparan taimadamente la venganza por los días de largo sufrimiento. Muchas de ellas

serán más adelante en los escaparates de las filatelas sobres repletos por los matasellos.

Es sabido que hay coleccionistas que se interesan solamente por los sellos que llevan matasellos, y por ello casi se diría que sólo ellos conocen el secreto. Se atienen sólo a la parte oculta, al matasellos como lado oscuro. Así hay por ejemplo matasellos solemnes que ciñen la cabeza de la reina Victoria como con una aureola de santidad, y hay otros proféticos, que ponen como una aureola de mártir alrededor de Humberto*. Pero ninguna fantasía sádica superará a ese negro procedimiento que tapa los rostros con rayas y desgarras enteros continentes como un terremoto. A esto hay que sumar la perversa alegría que nos causa el contraste entre el cuerpo ultrajado del sello y su vestido blanco de tul y de encajes, ese borde dentado. Para estudiar los matasellos hay que poseer como detective la filiación de las oficinas de correos que gozan de peor fama, poseer en tanto que arqueólogo el arte de completar los más extraños topónimos, y poseer en tanto que cabalista el inventario de los datos de un siglo completo.

Los sellos están llenos de pequeñas cifras, de letras diminutas, y de ojuelos y hojuelas. Son tejidos celulares gráficos. Todo esto se encuentra entremezclado y es capaz, como los animales inferiores, de seguir viviendo troceado. Por eso, al reunir trozos de sellos surgen imágenes muy interesantes. Pero en ellas la vida siempre tiene como un aroma de putre-

* Humberto I (1844-1900), rey constitucional de Italia, que fue asesinado por un anarquista. [N. del T.]

facción, que es el signo de que está formada a partir de lo muerto. Los retratos y los obscenos grupos que forman sus imágenes están llenos de huesos y gusanos.

¿Se refleja en la gama cromática de las series largas la luz de un Sol exótico? ¿Los ministerios de Correos de los Estados Pontificios y Ecuador han atrapado unos rayos que todos los demás no conocemos? ¿Por qué no nos enseñan los sellos procedentes de los mejores planetas: los mil matices de un rojo encendido que circulan en Venus, los cuatro grandes valores de grises de Marte y los sellos sin cifras de Saturno? En los sellos, los países y los mares sólo son las provincias y los reyes sólo son los mercenarios de las cifras que a voluntad van derramando su color sobre ellos. Los álbumes de sellos son como obras mágicas de consulta, dado que en ellos constan los números de monarcas y palacios, de animales, de alegorías y de Estados. La circulación de los sellos se basa en la armonía de estos números, como la circulación de los planetas en la armonía de los números celestes.

Viejos sellos de un céntimo que en el óvalo tan sólo nos muestran una o dos cifras grandes. Tienen el mismo aspecto que las fotos antiguas, con el marco barnizado en negro, desde las que unos parientes a los que nunca hemos conocido nos observan despectivamente: tías-abuelas y otros antepasados cifrados. Pero también los sellos de Thurn und Taxis* ostentan grandes cifras, unas que son como números

* La aristocrática familia Thurn und Taxis dirigió el conjunto del servicio postal en gran parte de Centroeuropa desde el final del siglo XV hasta mediados del siglo XIX. [N. del T.]

rígidos y hechizados de taxímetro. No nos sorprendería alguna noche ver la luz de una vela a su través. Pero hay también pequeños sellos sin dentado, sin indicación de moneda o de país. En su densa telaraña sólo llevan un número. Y éstos tal vez son los verdaderos billetes de lotería del destino.

En los sellos turcos, los trazos de escritura se aparecen como ese alfiler demasiado brillante y llamativo puesto oblicuamente en la corbata de un comerciante de Constantinopla que está europeizado sólo a medias. Estos sellos son propios de los advenedizos postales, como los grandes formatos chillonos de Colombia o Nicaragua, que van lujosamente engalanados como billetes de banco.

Los sellos de sobretasa son como los espíritus de los sellos. Y es que nunca varían. El sucesivo cambio de monarcas y de distintas formas de gobierno pasa por ellos sin dejarles hue-lla, como si fueran auténticos fantasmas.

El niño está mirando en dirección a la lejana Liberia a través de unos anteojos que sostiene al revés: tiene así el mismo aspecto que figura en los sellos de correos, con sus altas palmeras tras una franja de mar. Luego el niño navega junto a Vasco de Gama, alrededor de un triángulo que es isósceles, como lo es la esperanza, cuyos colores cambian con el clima. El folleto de un viaje desde el cabo de Buena Esperanza. Cuando el niño ve un cisne dibujado en los sellos australianos, se tratará sin duda, pese a los valores azul, marrón y verdes, de ese cisne negro que sólo existe en Australia y que sobre las aguas de un estanque se mueve en un océano de silencio y de calma.

Los sellos son las tarjetas de visita que los grandes Estados han dejado en las habitaciones de los niños.

Al igual que si fuera Gulliver, va recorriendo el niño los países y pueblos de sus sellos. La geografía y la historia de los liliputienses, la ciencia entera del pequeño pueblo, junto con todos sus números y sus nombres, le van siendo imbuidas mientras duerme. El niño participa en sus negocios, igual que asiste a sus asambleas, contempla como botan sus barquitos y celebra los aniversarios de sus distintas testas coronadas, cuyos tronos están tras de los setos.

Como se sabe, hay un lenguaje de los sellos que guarda con el lenguaje de las flores la misma relación que guarda el morse con el alfabeto en su conjunto. ¿Cuánto tiempo vivirán las flores aún entre los postes del telégrafo? ¿No son los grandes sellos artísticos de los años de posguerra, con sus colores siempre tan intensos, las dalias otoñales de esta flora? Stephan, un alemán que desde luego no casualmente era contemporáneo de Jean Paul*, plantó esta semilla a mediados del siglo XIX. No sobrevivirá al siglo XX.

SI PARLA ITALIANO

Me encontraba una noche aquejado de dolores muy fuertes y sentado en un banco. Frente a mí, en otro banco, se senta-

* Heinrich von Stephan (1831-1897) fue el director que reorganizó el correo en el seno de la Alemania unificada. Jean Paul es el pseudónimo adoptado por Johann Paul Friedrich Richter (1763-1825), cuyo estilo se caracteriza por un humor heredero de Sterne y de Fielding. [N. del T.]

ron dos chicas. Parecían querer conversar en confianza, y empezaron a cuchichear. No había nadie más, y yo no habría entendido su italiano aunque hubieran gritado. Ese cuchicheo sin motivo en una lengua para mí desconocida me acreó la sensación de que ponían una fresca venda en el lugar donde me dolía.

ASISTENCIA TÉCNICA

No hay nada más pobre que una verdad expresada como ha sido pensada. En este caso, ponerla por escrito no equivale siquiera a realizar la peor de las fotografías. Además, la verdad (igual que un niño o que una mujer que no nos ama) se niega a vernos amistosamente, puesta ante el objetivo de lo escrito según nos ocultamos bajo el peso del denso trapo negro. Tenemos que sacarla de repente de su pesado ensimismamiento, algo tiene de pronto que asustarla, una pelea, una música, unos gritos de auxilio. ¿Quién es el que podría relatar las señales de alarma de que se halla provisto el interior del escritor verdadero? Y «escribir» no significa en verdad otra cosa que activarlas. Pero entonces se enfada la dulce odalisca, agarra lo primero que hay a mano en el caos de su tocador, es decir, en nuestro cerebro, se lo echa encima y huye de nosotros, casi irreconocible, hacia la gente. ¡Qué sana y bien formada habrá de estar para presentarse ante ellos siempre victoriosa y adorable, aunque esté en realidad tan desfigurada y agitada!

MERCERÍA

En mi trabajo las citas son salteadores de caminos que irrumpen armados para arrebatarse la convicción que alberga el ocioso paseante.

El asesinar a un criminal puede ser moral, mas no lo es el legitimarlo.

Dios nutre a los hombres; los desnute el Estado.

La expresión de la gente que se mueve por las galerías de pintura muestra una mal disimulada decepción ante el hecho de que ahí tan sólo hay cuadros.

ASESORÍA FISCAL

Sin duda existe un vínculo secreto entre la cantidad de bienes y de vida, entre dinero y tiempo. Cuanto más fútilmente va llenándose el tiempo de una vida, tanto más frágiles, variados e inconexos serán sus instantes, mientras que un gran período nos indica la existencia de un hombre superior. Lichtenberg tiene toda la razón cuando nos propone que se hable de «empequeñecer» el tiempo en lugar de «acortarlo», y luego anota: «Varias docenas de millones de minutos hacen una vida de algo más de 45 años»*.

* Georg Christoph Lichtenberg, *Aphorismen*, ed. A. Leitzmann, Berlín, 1904, pág. 187. Lichtenberg vivió entre 1742 y 1799; escritor y científico de la época de la Ilustración alemana, se hizo muy célebre por sus aforismos. [N. del T.]

Cuando se usa un dinero del que docenas de millones de unidades no significan nada, la vida hay que contarla por segundos, y ya no por años, para que así parezca alcanzar a una suma respetable. Y hay que despilfarrarla como si fuera un fajo de billetes de banco: Austria no sabe dejar de calcular en coronas.

El dinero se encuentra ligado con la lluvia. El propio tiempo meteorológico sirve de índice del estado del mundo. La bienaventuranza carece de nubes, no ha oído jamás hablar del tiempo. Habrá un reino sin nubes de los bienes perfectos sobre los cuales nunca lloverá el dinero.

Habría que hacer un análisis descriptivo de los billetes de banco. Un libro cuya fuerza ilimitada de sátira solamente sería comparable con la fuerza de su objetividad. Pues estos documentos ya son hoy el único lugar donde el capitalismo aún se comporta ingenuamente en su absoluta seriedad sagrada. Los pequeños inocentes que aquí juegan en torno a las cifras, las diosas que sostienen las tablas de la ley y los héroes maduros que envainan su espada ante monedas son un mundo aparte: a saber, la fachada del infierno. A Lichtenberg, si en sus tiempos hubiera ya estado difundido el papel moneda, no le habría escapado todo el plan de esta obra.

PROTECCIÓN LEGAL PARA PERSONAS SIN RECURSOS

EL EDITOR: Mis expectativas no se han cumplido en absoluto. Los libros que usted ha escrito no interesan al público;

apenas se venden. Y yo no he escatimado en medios. He gastado mucho dinero en anuncios. Usted sabe por cierto que le aprecio. Pero comprenderá que mi conciencia comercial se agite. Yo hago por los autores cuanto puedo, pero también tengo que pensar en mi mujer y mis hijos. Naturalmente, no le guardo rencor por las pérdidas habidas en los últimos años, pero aún así no puedo reprimir el amargo sentimiento de decepción. Por desgracia, no puedo seguir apoyándole.

EL AUTOR: Señor, ¿por qué se hizo usted editor? Hemos de averiguarlo cuanto antes. Pero antes permítame una cosa. Yo figuro en su archivo como expediente nº 27. Usted ha publicado cinco libros míos; es decir, que usted apostó por el 27 cinco veces. Lamento que no saliera el 27. Por lo demás, ha apostado por mí solamente por casualidad. Sólo porque me encuentro al lado de su número de la suerte, que es el 28. Usted sabe muy bien por qué se hizo editor. Usted habría podido elegir igualmente una profesión honrada, como su padre. Pero prefiere vivir al día, dado que así es la juventud. Mantenga sus costumbres, pero no se presente como un comerciante honrado. Y no ponga cara de inocente cuando es un derrochador; no me hable de su jornada laboral de ocho horas ni de que no logra dormir. «Ante todo, hijo mío, sé leal y honrado»*. ¡Pero no monte escenas ante sus números! De lo contrario acabará en la calle.

* Cita de un poema de Robert Reinick (1805-1852). [N. del T.]

TIMBRE PARA AVISAR AL MÉDICO DE GUARDIA

La satisfacción sexual deja al hombre como liberado de su secreto, que no consiste en la sexualidad, pero que a través de su satisfacción (y tal vez sólo en ella) es amputado, aunque no resuelto. Resulta comparable a la cadena que ata al hombre a la vida. La mujer la corta, y el hombre queda libre para la muerte porque su vida ha perdido su secreto. De este modo, renace; y así como la amada lo libera del hechizo de su madre, la mujer lo despega más literalmente todavía de la madre tierra; la mujer es la comadrona que corta ese cordón umbilical tejido con el secreto natural.

MADAME ARIANE, SEGUNDO PISO IZQUIERDA

Quien pregunta por el futuro a las adivinas manifiesta con ello, sin saberlo, un conocimiento de lo venidero mil veces más preciso que cuanto ellas le cuentan. A este hombre lo guía más la inercia que la curiosidad; nada podría parecerse menos a la resignada estupidez con la que observa la revelación de su destino que la maniobra peligrosa y ágil con que el valiente afronta su futuro. Pues la presencia de ánimo es su esencia; notar exactamente qué sucede justo en este momento sin duda que ha de ser más decisivo que el predecir algo lejano. Presagios, intuiciones y señales atraviesan sin cesar nuestro organismo al igual que oleadas. Interpretarlas o aprovecharlas, ésta es ahora la cuestión. Las dos cosas son incompatibles. La cobardía y la inercia aconsejan así una cosa; la sobriedad y la libertad, la otra. Pues antes que esa advertencia o profecía se convierta ya en comunicable (o en

una palabra o en una imagen), su mejor fuerza ya se habrá agotado; aquella fuerza con que nos da de lleno y nos obliga (y no sabemos cómo) a actuar de acuerdo con su impulso. Si no lo hacemos, se descifrará la profecía (pero lo hará sólo en este caso). Si la leemos, ya es demasiado tarde. De ahí que, al declararse de improviso un incendio o la noticia inesperada de una muerte, en el primer momento de terror, que es un momento de enmudecimiento, nos invada un oscuro sentimiento de culpa, ese reproche amorfo que nos dice: en el fondo, dí, ¿no lo sabías? La última vez que hablaste del difunto, ¿no sonaba su nombre diferente en tu boca? ¿En mitad de las llamas no te hace señas el ayer, cuya lengua ahora entiendes? Si has perdido un objeto que apreciabas, ¿no había unas horas o unos días antes, a su alrededor, un halo de tristeza o incluso de escarnio que te iba avisando? Al igual que los rayos ultravioletas, el recuerdo le muestra a cada uno en el texto del libro de la vida la escritura invisible que, a la manera de una profecía, glosaba dicho texto. Pero siempre somos castigados cuando canjeamos las intenciones, si entregamos la vida no vivida a las cartas, o a los espíritus o a las estrellas, que la malgastan de golpe en un instante y nos la devuelven ultrajada; por eso mismo somos castigados si le robamos al cuerpo la fuerza que permite medirse con los hados en su propio terreno y derrotarlos. El instante es así la vieja horca caudina bajo la que el destino se humilla ante el cuerpo. Transformar la amenaza del futuro en lo que es el ahora consumado, este único milagro telepático que pueda considerarse deseable, es obra de la presencia corporal de ánimo. Es claro que en los tiempos más remotos ese peculiar comportamiento era parte integrante de la economía cotidiana de los hombres, a los cuales les daba en el cuerpo des-

nudo el más fiable instrumento de adivinación. La Antigüedad conocía todavía la praxis verdadera, y así Escipión, que tropezó al entrar en Cartago, proclamó desde el suelo, con los brazos abiertos, la fórmula que contenía la victoria: *Teneo te, terra africana!* [«¡Tierra africana, te tengo!»]. Lo que pudo haber sido como un signo de pánico, imagen de la desdicha más completa, Escipión lo enlazó corporalmente con lo que era el instante, con lo cual él mismo se convierte en el factor de su propio cuerpo. Aquí han obtenido sus mayores triunfos desde antiguo los ejercicios ascéticos del ayuno, de la castidad y de la vigilia. El día es así, cada mañana, esa camisa limpia que podemos ponernos; y ese tejido incomparablemente delicado e incomparablemente denso de la limpia y aseada profecía nos sienta como un guante. La dicha de las veinticuatro horas siguientes depende de que sepamos aprovechar la ocasión, al despertar.

GUARDARROPA PARA MÁSCARAS

Quien trae la noticia de un fallecimiento se cree muy importante. Pues su sentimiento lo convierte, pese a lo que nos dice el entendimiento, en mensajero del reino de los muertos. La comunidad de los muertos en efecto es tan gigantesca que la percibe hasta aquel que comunica una defunción. «*Ad plures ire*» [«Irse allí donde están los más»]; así llamaban los romanos a la muerte.

En Bellinzona observé a tres sacerdotes en la sala de espera de la estación de ferrocarril. Estaban sentados en un banco, frente a mí. Así observé detenidamente el gesto del que

estaba sentado en el medio, al cual un amplio solideo rojo distinguía bien de sus hermanos. Veo así que les habla con las manos juntas sobre el regazo, y sólo de vez en cuando alza un poco una u otra mano y la mueve despacio. Pienso: la mano derecha sin duda tiene siempre que saber lo que está haciendo con la mano izquierda*.

¿Quién no habrá salido alguna vez del *métro* al aire libre sin haberse sentido impresionado por entrar en la luz del Sol? Y sin embargo unos minutos antes, cuando bajábamos por las escaleras, ese Sol ya brillaba con el mismo esplendor. De ese modo, con tanta rapidez olvidamos el tiempo que está haciendo en el mundo de arriba, y con igual rapidez nos va olvidando a nosotros el mundo. Pues, ¿quién puede decir de su propia existencia más que esto: que ha pasado por la vida de dos o tres personas con la misma ternura y cercanía con la que el tiempo meteorológico nos envuelve?

Una y otra vez, en Shakespeare y Calderón los combates ocupan el último acto, y los reyes, los príncipes, los escuderos y el séquito «entran huyendo en escena». Sucede que el instante en que los ven los espectadores los obliga de pronto a detenerse, y la escena contiene la huida a que aspiran de inmediato dichos personajes. Esa entrada en el campo visual de quien no tiene ninguna relación con lo que está sucediendo y que se encuentra por encima de ello les permite tomar algún aliento y los envuelve con un aire nuevo. De ahí que la repentina aparición en escena de esos

* Cfr. Mateo 6, 3. [N. del T.]

personajes «fugitivos» contenga un oculto significado. Pero la lectura de esta fórmula se encuentra sin duda influenciada por la expectativa de un lugar, la de una luz o la de un escenario en el cual nuestra huida por la vida quede a salvo de extraños que distanciadamente nos observen.

OFICINA DE APUESTAS

La existencia burguesa constituye estrictamente el régimen de los asuntos privados. Cuanto más importante resulte un tipo de comportamiento, más quedará eximido de control. El credo político, la situación económica, o la religión que se practique... todo esto trata de esconderse, siendo al mismo tiempo la familia el edificio tétrico y podrido en cuyos rincones se establecen los instintos más sórdidos. Los filisteos proclaman la más completa privatización de la vida amorosa. El galanteo se ha vuelto para ellos un proceso mudo, y además ferozmente encarnizado, que se da sin testigos; este galanteo totalmente privado, que quiere verse exento de responsabilidad, es la novedad que hay en el *flirt*. Por el contrario, el tipo proletario y el tipo feudal aún coinciden en que en el galanteo no hay que someter a la mujer, sino a los rivales. Esto significa respetar a la mujer más hondamente que en su proclamada «libertad», cumplir en realidad su voluntad pero sin pedirle explicaciones. Feudal y proletario es el traslado de los acentos eróticos hasta el ámbito público. Mostrarse así junto a una mujer en esta o en aquella circunstancia puede significar bastante más que acostarse con ella. El valor del matrimonio no reside en la estéril «armonía» de los cónyuges: cual consecuencia

excéntrica de sus conflictos y rivalidades va saliendo a la luz, igual que el hijo, la fuerza espiritual del matrimonio.

CERVECERÍA

Los marineros bajan pocas veces a tierra; trabajar en alta mar es un domingo en comparación con trabajar en los puertos, lo que exige a menudo ir cargando y descargando día y noche. Cuando un grupo obtiene algún permiso para bajar a tierra un par de horas, casi siempre ha oscurecido y, en el mejor de los casos, la mole lúgubre de la catedral les ayuda a que encuentren el camino para dirigirse a la taberna. La cervecería es pues la clave de toda ciudad; saber dónde se bebe cerveza alemana es sin duda toda la geografía que resulta preciso conocer. El bar de los marineros alemanes despliega el plano nocturno de la ciudad: desde él no es difícil llegar hasta el burdel, o a los otros bares. Su nombre aparece ya desde hace días en las conversaciones de sobremesa. Pues cuando un barco zarpa de algún puerto, es igual que si izara pequeños gallardetes exhibiendo nombres de locales y de pistas de baile, las mujeres hermosas y los platos nacionales que son propios del puerto siguiente. Pero, aún así, quién sabe si esta vez la tripulación podrá bajar a tierra. Por eso, en cuanto el barco haya atracado, y haya pasado ya por la aduana, suben a bordo los vendedores de recuerdos ofreciendo collares y tarjetas postales, cuadros al óleo, cuchillos y figuritas de mármol. Los marineros no visitan la ciudad, sino que la compran. Así, en su maleta se contiene el cinturón de cuero procedente de Hong Kong, con la postal de Palermo y la foto de una chica de Stettin. Es el hogar de los marineros. No han oído hablar

nunca de aquella brumosa lejanía en la cual el burgués cree que se guardan unos mundos exóticos. Lo primero que queda manifiesto de una ciudad es el servicio a bordo, y, a continuación, la cerveza alemana, el jabón inglés del afeitado y el tabaco holandés. Las normas internacionales de la industria están siempre presentes para ellos, no los engañan los icebergs ni las palmeras. El marinero «devora» de manera total la cercanía, y sólo le hablan los matices más precisos. Distingue los países sobre todo por el modo que tienen de cocinar sus pescados, bastante más que por la arquitectura y la decoración de su paisaje. Pero es tan sensible a los detalles que, cruzando el océano, las rutas en las que se ve con otros barcos (saludando además con la sirena cuando son barcos de su propia empresa) le parecen carreteras ruidosas en las que hay que ceder el paso. Así, en alta mar el marinero vive en una ciudad donde, en la Cannebière de Marsella, un bar de Port Said se encuentra puesto frente a un burdel de Hamburgo, y el Castel dell'Ovo de la bahía de Nápoles en la Plaza de Cataluña de Barcelona. Para los oficiales, al contrario, aún importa su ciudad natal, mas para el fogonero o los grumetes, o para aquellos cuya fuerza de trabajo se mantiene ahí adentro, transportada en el casco del barco, siempre en contacto con la mercancía, los puertos mutuamente entrecruzados ya no son su hogar, sino su cuna. Y, mientras los escuchas, ves bien claro las mentiras que se encierran en los viajes.

PROHIBIDO PEDIR LIMOSNA Y LA VENTA AMBULANTE

Las religiones ensalzan al mendigo; pues demuestra que el espíritu y los principios siempre fracasan estrepitosamente

en cuestión tan banal y tan prosaica como sagrada y vivificadora: darles limosna como caridad.

Se habla mal muy especialmente de los mendigos del sur, olvidando que su perseverancia mantenida ahí, frente a nosotros, se encuentra tan justificada como la obstinación del erudito ante textos difíciles. No se les escapa en nuestros gestos la menor sombra de vacilación, el menor signo de consentimiento, de reflexión o de cálculo. Del mismo tipo es la telepatía manifiesta en el caso del cochero que, al llamarnos, hace que advirtamos que no nos molestaría en absoluto el viajar con él, o la que practica el vendedor que encuentra de pronto entre sus trastos el único collar o camafeo que podría gustarnos de verdad.

AL PLANETARIO

Si, tal como a Hillel le sucedió con la doctrina judía*, tuviéramos necesidad de resumir la doctrina de la Antigüedad en una frase, tendríamos que decir algo como esto: «La Tierra sólo pertenecerá a quienes vivan de las fuerzas del cosmos». Nada distingue más al hombre antiguo con respecto al moderno que su entrega a una experiencia cósmica que el moderno apenas si conoce. El naufragio de esta forma de experiencia se anuncia ya con el florecimiento de la astronomía en los inicios de la Edad Moderna. Kepler, Copérnico y Brahe no se hallaban movidos solamente por impulsos cien-

* Hillel el Viejo (siglo I a.C.), uno de los rabinos más famosos e influyentes de su tiempo, resumió la ley judía en la frase siguiente: «No hagas a los otros lo que no quisieras que te hiciesen». [N. del T.]

tíficos. Y sin embargo el énfasis exclusivo en la conexión óptica con el universo, al que la astronomía nos condujo muy pronto, contiene ya un presagio de lo que aún había de venir. El trato de la Antigüedad respecto al cosmos venía ciertamente consumado de manera distinta: en la embriaguez. Dado que la embriaguez es la experiencia a través de la cual nos cercioramos de lo que es más cercano y más lejano, nunca de lo uno sin lo otro. Esto significa que, embriagado, el hombre sólo puede comunicar con el cosmos en comunidad. El desvarío que amenaza actualmente al hombre moderno es considerar esta experiencia como superflua e irrelevante, y consentírsela al individuo como un éxtasis en las hermosas noches estrelladas. Pero esta experiencia va volviendo una y otra vez; así, pueblos y estirpes no le escapan, tal como hemos visto con horror en la última guerra, una que intentaba desposarse de forma nueva con las fuerzas cósmicas. Masas humanas, gases y fuerzas eléctricas fueron arrojados sobre el mundo; torrentes de altas frecuencias recorrieron raudos el paisaje; nuevos astros se mostraron en el cielo; el espacio aéreo y las profundidades submarinas iban bramando con los propulsores, y por doquier enterraban a las víctimas en la madre tierra. Este gran galanteo con el cosmos tuvo lugar así, por vez primera, a escala planetaria, y además en el espíritu de la técnica. Mas como el incesante afán de lucro propio de la clase dominante proyectaba expiar precisamente en ella su voluntad, la técnica traicionó a la humanidad, transformando su tálamo en un gran mar de sangre. El dominio de la naturaleza, según sostienen los imperialistas, es el sentido propio de la técnica. Pero ¿cómo vamos a confiar en un campeón del apaleamiento que dice que el dominio de los niños bajo la opresión de los adultos es el sentido

de la educación? ¿No es ésta, ante todo, el orden de relación indispensable que se da entre las generaciones, por lo cual, si se quiere hablar de dominio, será el de las relaciones generacionales pero no de los hijos? Mas tampoco la técnica es el dominio de la naturaleza, sino dominio de la relación de la naturaleza con lo humano. Los seres humanos, en tanto que especie, se encuentran, desde hace unos milenios, al final de su desarrollo, pero la humanidad, en tanto especie, se encuentra al principio. Y la técnica está organizando una *physis* en la que su contacto con el cosmos se establece de forma bien distinta que en los pueblos y que en las familias. Al respecto, no hay más que recordar la experiencia de las velocidades, por las cuales hoy la humanidad se dispone a viajar directamente al interior del tiempo para descubrir así unos ritmos que puedan aliviar a los enfermos, como en otros tiempos las montañas o las costas más meridionales. En este aspecto, los parques de atracciones son forma previa de los sanatorios. El estremecimiento que procede de una auténtica experiencia cósmica no se encuentra atado a ese minúsculo, limitado fragmento natural, que solemos llamar «naturaleza». En las noches de fuerza y destrucción de la última guerra, el cuerpo humano estaba sacudido por sentimientos bastante semejantes a esa dicha que es propia de los epilépticos, y las revueltas que después vinieron fueron tan sólo el primer intento realizado por la humanidad para adueñarse de su nuevo cuerpo. Así, la fuerza del proletariado es la medida para su salud. Si su disciplina no captura ese nuevo cuerpo que decimos, ningún razonamiento pacifista va a poder salvarlo. Pues lo vivo supera solamente el delirio de la destrucción en la embriaguez de lo que procrea.

ÍNDICE

Gasolinera	9
Sala de desayuno	9
Nº 113	11
Para hombres	12
Reloj magistral	13
¡Vuelve! ¡Te perdonamos!	13
Piso de diez habitaciones lujosamente amueblado	13
Productos de la China	15
Guantes	16
Embajada mexicana	17
Por favor, tengan cuidado con estas plantas	18
Terreno en obras	19
Ministerio del Interior	20
Bandera...	20
... a media asta	21
Panorama imperial	21
Obras públicas	29
Peluquero de damas meticulosas	30

Atención a los escalones	30
Tenedor jurado de libros	30
Material didáctico	33
Alemanes, bebed cerveza alemana	34
Prohibido fijar carteles	35
Nº 13	39
Armas y munición	40
Primeros auxilios	41
Interiorismo	41
Artículos de papelería	41
Bisutería	43
Ampliaciones	44
Antigüedades	48
Relojes y joyas	50
Lámpara de arco	52
Terraza	52
Oficina de objetos perdidos	52
Parada de tres coches de alquiler como máximo	53
Monumento a los caídos	54
Alarma de incendios	56
Recuerdos de viajes	56
Óptica	60
Juguetes	60
Policlínica	67
Se alquilan solares	68
Artículos de oficina	69
Mercancías sueltas: expedición y embalaje	70
Cerrado por reforma	70
Restaurante automático «Augías»	70
Filatelía	71

Si parla italiano	75
Asistencia técnica	76
Mercería	77
Asesoría fiscal	77
Protección legal para personas sin recursos	78
Timbre para avisar al médico de guardia	80
Madame Ariane, segundo piso izquierda	80
Guardarropa para máscaras	82
Oficina de apuestas	84
Cervecería	85
Prohibido pedir limosna y la venta ambulante	86
Al planetario	87

Este libro, acabado en septiembre de 1926, se publicó por primera vez en Alemania en enero de 1928. La idea de reunir en libro los aforismos que iba entonces escribiendo se le ocurrió a Benjamin a finales de 1924. Sus principales temas son tres: la catastrófica situación económica de Alemania en aquella época, la rememoración de la infancia y, por último, la ciudad de París, la «capital del siglo XIX». El segundo de estos temas daría lugar más adelante al libro titulado *Infancia en Berlín hacia el mil novecientos*, mientras que el tercero prosiguió en el proyecto *Pasajes*.

El libro que ahora presentamos posee una estructura peculiar: inspirándose en la calle principal de Vicenza (el monumental Corso Palladio), Benjamin da a cada uno de los textos un título que bien podría ser el de una placa o un cartel de cualquier calle; incluso el propio título general del libro es ya el de una señal de tráfico (otro de los títulos proyectados por Benjamin era *Calle cortada*). Benjamin explicó a Scholem en una carta que el resultado era «una calle que abre una perspectiva de profundidad tan repentina (y no lo digo en sentido metafórico) como el Corso Palladio de Vicenza». Y a Hofmannstahl le presentó el objetivo del libro de la forma siguiente: «Captar la actualidad como reverso de lo eterno en la historia y así tomar la impronta del lado oculto que esconde la medalla».

